

EMOCIÓN Y TÉCNICAS PARA CREAR CUENTOS

MUESTRA DE RELATOS
DEL TALLER DE NARRATIVA
DICTADO POR EL ESCRITOR
CRONWELL JARA



**Emoción y técnicas
para crear cuentos.
Muestra de relatos
del taller de narrativa
dictado por el escritor
Cronwell Jara**



Petroperú SA

Emoción y técnicas para crear cuentos.

Muestra de relatos del taller de narrativa dictado por el escritor Cronwell Jara

Lima, Petróleos del Perú, 2019, 98 pp., 14,5 x 20,5 cm

Primera edición, mayo de 2019

Tiraje: 500 ejemplares

© Petróleos del Perú-Petroperú SA

Gerencia Coporativa Gestión Social y Comunicaciones

Avenida Enrique Canaval Moreyra 150, Lima 27, Perú

Teléfono: (511) 614-5000, anexos 11220 y 11225

www.petroperu.com.pe

cope@petroperu.com.pe

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente,
sin previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Corrección de estilo, edición, diseño y diagramación: Grafos & Maquinaciones SAC
Imagen de portada: www.shutterstock.com

Este libro es producto del taller Emoción y Técnicas para Crear Cuentos,
dictado por el escritor Cronwell Jara, en las instalaciones del Centro Cultural Petroperú,
del 20 de junio al 25 de julio de 2018.

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú n.º 2019-07055

Impreso en Litho y Arte SAC

Jirón Iquique 026, Breña, Lima, Perú

RUC 20509312428

Lima, Perú, mayo de 2019

Índice

Palabras iniciales	7
Hugo Chávez FÉLIX CASTILLO	9
Cuestionamientos desde la sala blanca BRUNO CUEVA	13
¿Y cómo estaba vestido? NORA CURONISY	19
Transmutación MELINA DURAND	23
Cloe MARCO FELIX	29
Zaq, el mudo FRAN GUTIÉRREZ	37
El hombre que no creía JAIME LA TORRE	43
La vaca empachada CARLOS MICHUY PEÑA	53
El hombre tuerto ELIZABETH MONOPOLI	61
Un Año Nuevo en el manicomio JUAN MUJICA	65
Malabarismos EUGENIO OLIVEIRA	69

El incendio RODOLFO SACHUN	73
¡Doddy, espera! YESSICA SALAZAR	75
Punto NANCY SÁNCHEZ	79
Muchas gracias por venir EDUARDO SOSA	85
Musa CLAUDIO TEMOCHE	89

Palabras iniciales

Desde 1979, la Bienal de Cuento «Premio Copé» es, sin duda, uno de los certámenes más esperados de la agenda literaria peruana. Sin embargo, el compromiso de Petroperú con la escritura creativa va más allá de organizar los concursos más prestigiosos y de más larga vida en el país. En no pocas ocasiones, los participantes han expresado su deseo de que la empresa organice también talleres que mejoren sus habilidades y recursos. Así han nacido «¿Cómo mejorar un cuento?», «Secretos del arte de narrar» y «Emoción y técnicas para crear cuentos», talleres de composición y edición narrativas a cargo, respectivamente, de los escritores Marco García Falcón, Carmen Ollé y Cronwell Jara. Este último taller contó con cuatro sesiones, del 20 de junio al 25 de julio de 2018.

«Emoción y técnicas para crear cuentos» buscó responder, entre otras cosas, la siguiente interrogante: ¿Cuáles serían las cualidades esenciales del cuento clásico universal? Pregunta compleja que llevó a reconocer que los cuentos nacen de un hondo sentimiento o una natural euforia, una nostalgia dolorosa, un deslumbramiento, la necesidad de explicar un misterio o de un poderoso optimismo cuestionador. Asimismo,

suelen iniciarse con la técnica de la *in media res*, planteando un hecho trascendente; giran en torno a multitud de situaciones dramáticas (referidas a batallas, aventuras de gran riesgo, situaciones de peligro, retos a muerte, tramas de sutil venganza, coartadas, trampas); y lucen la extraordinaria riqueza de un amplio dominio del idioma, inteligente, armonioso, melodioso, profundo, reflexivo y trascendente. El taller abarcó también las tres fuentes de donde extraen los narradores sus cuentos; la gran circunstancia dramática y sus variantes; el esquema de la gran circunstancia dramática aplicada a los cuentos; la creación del personaje y los diálogos; las técnicas narrativas y sus variantes; y las técnicas en el arte de cerrar o finalizar cuentos.

Esta selección de relatos —que agrupa los textos «Hugo Chávez» de Félix Castillo, «Cuestionamientos desde la sala blanca» de Bruno Cueva, «¿Y cómo estaba vestido?» de Nora Curonisy, «Cloe» de Marco Felix, «Transmutación» de Melina Durand, «Zaq, el mudo» de Fran Gutiérrez, «La vaca empachada» de Carlos Michuy Peña, «El hombre tuerto» de Elizabeth Monopoli, «Un Año Nuevo en el manicomio» de Juan Mujica, «El hombre que no creía» de Jaime La Torre, «Malabarismos» de Eugenio Oliveira, «El incendio» de Rodolfo Sachun, «Punto» de Nancy Sánchez, «¡Doddy, espera!» de Yessica Salazar, «Muchas gracias por venir» de Eduardo Sosa y «Musa» de Claudio Temoche— es solo una muestra del entusiasmo creativo de un taller que consiguió convocar a una gran cantidad de personas interesadas en el arte de narrar.

El editor
Lima, mayo de 2019

Hugo Chávez
por Félix Castillo

El radiodespertador se enciende y el locutor indica que ya son las seis de la mañana, que el día está nublado y que la avenida Centenario está repleta por el tráfico. Maritza se calza sus pantuflas rosadas y de un tirón arranca las sábanas que cobijaban a su somnoliento esposo.

—¡Despierta! Que el niño otra vez llegará tarde.

El esposo busca el control remoto del televisor entre las almohadas.

—Imbécil, muévete, haz algo algún día.

El esposo la mira con cierto desdén y hace un gesto con la mano de que se retirara. En el televisor, sintoniza el canal cinco de noticias y acomoda la cabeza sobre la almohada.

A toda prisa, la mujer va al cuarto del nene, lo saca de la cama, lo cambia, lo peina, y le calza sus pequeños zapatos, que lucen la cara de un famoso ratoncito en la parte del talón.

La escalera que conecta la primera planta con la de las habitaciones es una amplia curva con peldaños rematados en madera de cedro, cuyas paredes se adornan con diversos laureles académicos. Por ahí estaba un título en Ciencias Políticas por la Católica, un máster en Política Internacional por Harvard, unos cuantos más de universidades europeas que

Maritza no podía ni pronunciar, y el más engreído de todos, el diploma al miembro más destacado del Club Político Argentino, todos enmarcados en finos marcos de pan de oro y protegidos por cristal templado.

El esposo seguía aún en la cama, mientras ella bajaba las escaleras un paso atrás del pequeño, pensando tal vez en la lonchera del niño o en por qué se había casado con ese hombre. Era curioso, nunca podía mencionarlo aunque ella recordara muy bien la ambiciosa razón.

El olor a café recién pasado inunda la cocina y el reloj en la pared indica el poco margen de tiempo que queda antes de llegar tarde al colegio.

La madre sirve sobre la mesa unos *waffles* y un vaso con jugo. Carlitos se lanza con prontitud al apetitoso desayuno, y mientras mira la televisión y en un básico dialecto infantil comenta: «Hugo Chave malo».

La mujer, que ya consideraba que su esposo hacía muy poco en casa, explota en furia. Comienza a despotricar contra él mientras señala con una espátula de plástico en dirección a la habitación. Empezó con que cómo era posible, que no solo no hacía nada por el nene sino que ahora le llenaba la cabeza con noticias y temas políticos, que le estaba robando su infancia, que dejara de hablarle al niño de esas cosas.

El sonido de unos pasos anuncia que Miguel está bajando. Ya está aseado, perfumado e impecablemente vestido. Una corbata carmesí contrasta con una fina camisa de pima azul marino, y un brillante terno italiano indica que el día empezará con alguna importante reunión, tal vez en el *country club* o el *sky room* del Ritz.

Mientras mira las noticias en el televisor, que cuelga justo por encima y detrás de su mujer, se termina de ajustar los

gemelos de oro en las mangas. La mujer sigue con su diatriba de críticas e insultos, recordando lo mal padre que es y lo desconsiderado que resulta llenarle la cabeza a su hijo con todos esos temas políticos que vive a diario y que de seguro frustrarán la infancia del pequeño.

Miguel coge un tomatodo de la mesa, le da un buen sorbo y mientras levanta una ceja le lanza una mirada inquisitiva a su esposa.

Toma de la mano a Carlitos, y señalando con la cabeza la puerta mientras lo mira fijamente, le indica que ya es hora de ir al colegio. Salen de casa y se suben al Mercedes-Benz Clase G estacionado en su jardín. Mientras Miguel ayuda a su hijo a ceñirse el cinturón de seguridad, le comenta que en la tarde verán juntos los nuevos capítulos de Dragon Ball, que comprará *pizza* para la cena y que pasará por el supermercado a comprar azúcar porque también su *jugo sabía mal*.

Cuestionamientos desde la sala blanca

por Bruno Cueva

Desde aquí casi todo es oscuridad, no hay interruptor activo en el panel de iluminación. Un haz de luz muy difuso pasa por el umbral de la enorme puerta y, con él, ingresan murmullos confusos de mis superiores.

Los pasos calmados que escuchaba hace un par de minutos han cambiado su periodicidad; la fortaleza de los desplazamientos ya me encrespa los ánimos. ¿Qué está sucediendo en los pasillos? Hay un alboroto, una prisa que no puedo entender y discusiones que no consigo decodificar. ¿En qué momento me han encerrado aquí?

Me agacho y combato con mis ojos a esa exangüe fluorescencia, mi única vía de liberación. Ellos están caminando más rápido ahora; parece que todos se dirigen con dirección a un punto en específico. Las sombras de los zapatos vuelven a pasar y perderse hacia la izquierda. Estoy limitado y eso empieza a ponerme el rostro de piedra por la desesperación. Abro la boca lo más que puedo, dejando escapar un estruendo que llame la atención de alguien. Dirijo mis gritos por la rendijilla y, los que parecen ser un par de custodios, estrellan sus botas repetidas veces en esta puerta. Así es como piden que me calle. ¿Tan difícil se les hace explicarme

cómo aparecí aquí? ¿Cuánto tiempo más durará este escarnio a mi razón?

Después de otro lapso de divagaciones, caigo en cuenta de que estoy dentro de un lugar conocido. Las dimensiones de este espacio pertenecen a mi centro de trabajo como ayudante médico desde el año 2056. ¿Cómo tuve la habilidad de comprobarlo? Mis años de experiencia en este hospital de alta tecnología me permiten conocer gran parte de su estructura arquitectónica. Los tornillos hexagonales de veinte centímetros de diámetro que estoy tocando se limitan a ser puestos en ciertas zonas que solo pueden ser descritas en la Clínica Memorial Johns Hopkins de Baltimore; ninguna otra comparte esa característica. Esto me reconforta en algo; infiero, en consecuencia, que estoy en una de las tantas salas blancas y esto me ayuda a ubicarme en el entorno del que soy preso.

Estoy rozando, con la yema de mis dedos, los relieves de esta puerta y concluyo que es una construcción de acero, probablemente la de uno de los laboratorios en el cuarto nivel, y para salir de aquí necesito una tarjeta de acceso. Mi hipótesis toma fuerza al pasar mis manos por la parte superior: esta lámina o ventanal de cristal sólido es propia de unidades de microbiología, radiología, endoscopía y la mayoría de bloques quirúrgicos.

Voy cayendo en cuenta de que a los dueños de las pisadas no les interesa en lo más mínimo mis signos de alarma. En este cuadrante debería ser fácil identificar el sensor rojo del teléfono de emergencias, no obstante, mis tanteos son imprecisos y no me auguro la mejor de las suertes.

Hay otro detalle que es más oscuro aún, irónicamente. ¿Por qué este bloque de cristal está tan opaco? No recuerdo semejante ruptura estética. ¿Será que alguien ha puesto un

objeto cuya finalidad sea que no pueda apreciar quiénes corren aquí y allá? Debo tratar de recordar qué sucedió antes de mi reclusión. Voy a tranquilizarme. A ver si el abandono y la oscuridad me permiten tener una mejor concentración...

Han corrido un par de minutos y mi mente se empieza a clarificar. El hecho es que lo último que hice fue acatar las órdenes de Marcos Satsuki, mi jefe, un especialista de cirugía cardíaca conocido por recorrer todo el mundo, salvando vidas de culpables e inocentes. Fui convocado a la unidad de operaciones con riesgo intensivo. Me enfundé el traje blanco y me coloqué los guantes de protección. Dejé en un banquillo todas las herramientas necesarias para la intervención. La operación no podía esperar más y cuando hube llegado, el pecho del paciente estaba marcado, listo para hacer la incisión con el bisturí. El doctor Satsuki me pidió en tono imperativo que realice este trabajo preliminar.

Recuerdo muy bien el motivo de su pedido. Por más que él usaba una gruesa mascarilla, no soportaba inhalar el olor del tejido adiposo de las personas obesas y este era el caso. Es una persona especial y a veces me disgusta que todos hagan las cosas a su manera. Guardando la prudencia, estiré el rabillo del ojo... efectivamente la masa abdominal del paciente rebalsaba unos centímetros por la camilla, semejante a un hipopótamo que por extrañas razones yace patas arriba, inconsciente. En las rondas de café por las noches, recuerdo que Satsuki siempre hablaba nada animoso sobre esta clase de pacientes. Sé que una vez abierto el cuerpo, el hedor penetra fuerte por las vías respiratorias del especialista más cercano y a mí nunca se me dio por mostrar asco, ¿será que los de mi generación hemos evolucionado y dejamos pasar por alto esas circunstancias? Luego de vigilar las incisiones, el doctor se

iba acostumbrando paulatinamente al hedor y me dedicaba a contemplar el correcto funcionamiento de monitores tridimensionales y las cánulas conectadas a una bomba, en caso de cirugía a corazón abierto.

—El anesthesiólogo lo ha sedado completamente —me dijo Marcos—; acércate y ábrelo, haremos un *bypass* aquí, guíate por el monitor tridimensional.

—Entendido, doc. A este le habrán puesto anestesia como a caballo herido en hipódromo, supongo. ¿Y si en plena operación la cama se hunde? —pregunté y los demás cirujanos agacharon la cabeza y amagaron carcajearse—. Sumarle a su peso una dosis de esta sustancia sería suficiente porque hay un límite de kilos que la cama puede soportar, aquí dice, es de fábrica.

—Estamos apurados. No es momento de risas. Estos chicos de hoy vienen así, inoportunos en su forma de expresarse. ¿Te gustaría que me ponga a jugar a las cartas en el velorio de tu madre? —respondió Marcos, con la misma seriedad de siempre— Apúrate o tendremos que hacerles un informe a los practicantes de la morgue.

Las voces de la sala fueron apagándose. Mientras ellos revisaban por última vez el historial clínico del paciente, podían verme ustedes dudando de la incisión a la altura de la arteria mamaria. Una idea me daba vueltas en la cabeza, a la vez que los cirujanos ultimaban detalles, revisando el perfil sanguíneo del obeso. «Se han confundido, es un error tan grave que los encerrará en el calabozo», pensé. «El informe anatómico ha sido realizado por un mal intérprete del monitor tridimensional, pues la marca debieron ponerla un milímetro más grande. Además, no han tomado en cuenta la complexión del paciente como consideración adicional»,

seguí maquinando. No era la primera vez que el ojo humano erraba. En otras ocasiones tomé decisiones que salvaron la integridad moral del equipo y solo me llamaban la atención en la sala de directivos. «Tu trabajo es apoyar, solo apoyar, no el de tomar rumbos distintos al de los médicos especialistas. Obedeces órdenes y punto», me decían.

Pero mi moral fue más fuerte hoy. Volví a tomar el bisturí y este es mi recuerdo final. Hice la incisión de ese milímetro que faltaba y el doctor Satsuki tomó mi brazo violentamente. «¿Y ahora qué estás haciendo? ¿Cuántas veces te he dicho que te limites a seguir mis órdenes?», me dijo. «Ustedes están a punto de poner en grave riesgo la vida del paciente y no es la primera vez, no van a poder detenerme, los estoy protegiendo de los culpables que se sentirán luego», respondí, poniéndole la mano libre en el pecho y clavándole la mirada a los superiores. «Antes de echarte como perro a mediados de junio, te preguntaré algo: ¿qué es lo que te impulsa a contradecirnos? Tú tienes la orden de obedecernos sin importar si existe negligencia», dijo Marcos haciendo un esfuerzo denodado en seguir sosteniéndome. «Soy humano, parte de ustedes, y nací con un profundo respeto por la vida y el prójimo. Ya no podrás obligarme, cumpliré con el deber, no hay nada de malo en ello, me lo agradecerán». El doctor sonrió con un sarcasmo que, de hecho, empalideció mi rostro. Los otros se preguntaban qué es lo que había dicho y cuando lo confirmaban se afligieron. Suspiraron profundamente, como uniéndose a una penuria íntima, vergonzosa. No entendí esa actitud. Después todo fue oscuridad. ¿Podría alguien decirme qué fue lo que dije de malo? ¿Querer salvar la vida de una persona es un delito en estos tiempos? ¿Así es como opera una clínica de alta tecnología?

En estos momentos siento un ruido debajo de la puerta. Escucho un tac, tic, tic en la pared. No cabe duda de que me sacarán pronto, están ingresando la tarjeta de identificación para liberarme. La puerta se abre rápidamente y tres hombres armados me piden que levante las manos y camine hacia afuera. ¿En serio soy tan peligroso? ¡No tengo armas! ¡Se han confundido de persona! Acto seguido, la luz al final del pasillo se vuelve otra vez oscuridad.

Me encuentro encerrado en una cabina y por más que grito y distinguen mis gesticulaciones, no soy el foco de prioridad. ¿Qué hacen todos estos hombres reunidos? ¿Qué quieren de mí? ¿Actué mal? ¿Por qué desvían la mirada al rato que los inquiereo con los ojos? Afuera de esta cabina hay una mesa rectangular. En ella identifico a nueve hombres sentados, y tienen todos entre sus manos una especie de manuales voluminosos, no alcanzo a leer bien los títulos. No recuerdo haberlos visto antes. Esperen, ese, el que entra por la puerta lateral, al costado de la joven de lentes celestes, ese es el doctor Satsuki.

«Ya no puedo soportar esta situación. No es la primera vez que sucede. Hay un cambio de comportamiento en todos los asistentes de médicos como *él*. Hoy mi ayudante se comparó a nosotros y nos aterramos. Queremos hablar con los proveedores porque temo que en un futuro esto marche peor. Por el momento, ruego que lo vuelvan a desconectar», expuso Marcos Satsuki, siendo el único hombre en pie.

Sigo sin entender qué dice. Ya no puedo escuchar nada. Temó que la oscuridad sea eterna.

¿Y cómo estaba vestido?
por Nora Curonisy

—¡Quemen todo! ¡Quemen todo!

—¡Sí, también las cartas!

—¡Que no quede rastro alguno!

Juana Rosa llegó corriendo y muy nerviosa, después de haber vendido sus dulces en el pueblo.

—¡Lo he visto! ¡Lo he visto!

—¡Era él!

Desde la hamaca, mirando al mar, ella escuchaba sin mucha atención, lo que su criada le decía.

Aún conservaba algo de la altivez y el genio vivo que la caracterizó en sus buenos tiempos. De estatura regular, piel nacarada y amplia cabellera. El rostro oval, la boca carnosa y los negros ojos dominantes que no habían perdido ese brillo especial.

—¡Era él! —créame.

Mirando el mar de Paita, ella solo atinó a preguntarle:

—¿Y cómo estaba vestido?

—Como la primera vez, como el día que se vieron por primera vez —le respondió.

Al escucharla, ella recordó con excitación ese día.

Desde el balcón de la mansión de Juan Larrea en Quito, en un día de fiesta, lo vio pasar en desfile, montado en

Pastor, su caballo blanco favorito, vestido de uniforme azul, adornado con arabescos de plata y saludando al pueblo que lo aclamaba.

Como olvidar que al lanzar la corona de rosas y ramas de laurel fue a dar de lleno en su mejilla en vez de caerle a sus pies. Cómo se detuvo el tiempo, cuando él, buscando con su mirada de enfado al culpable, la vio, con los negros ojos brillantes y el rostro sonrojado, sonriendo a su perdón, y luego, su encuentro a los pocos días celebrando la libertad, en el Baile de la Victoria, cuando la guerra de la independencia. Ella de veinticuatro años y el de treintaiséis...

Así era, cada vez que Juana Rosa volvía del pueblo, le contaba que lo había visto, y ella, fijando la mirada en el horizonte de su mar de Paita, le preguntaba:

—¿Y cómo estaba vestido?

Juana Rosa, su fiel criada, la cuidaba y le mantenía el recuerdo de cada una de sus historias. Había aprendido a repetirle de memoria cada episodio de su vida y lo bien que ella lucía.

Valerosa en su uniforme oficial, garbosa montando a caballo vestida de hombre, con pantalón rojo y ruana negra de terciopelo. Amante de la libertad y la justicia. Caritativa con los pobres. Heroína de la independencia de América del Sur.

Le brillaban los ojos cuando Juana Rosa la peinaba y frente al espejo le decía: «Caballeresa de la Orden del Sol del Perú», «Libertadora del Libertador», trayéndole a la memoria la vez que ella lo ayudó a huir, haciendo que salte por una ventana y salvándolo de morir en un atentado esa noche septembrina.

—Mucho antes de conocer al Libertador con la sociedad en tu contra que te señalaba y despreciaba —le decía Juana Rosa alzando la voz.

—Tu carácter indomable te ayudó, no te dejó amilanarte y luchaste por los ideales del bando independentista —le repetía mirándola en el espejo.

También había recuerdos terribles y dolorosos. Su infancia de hija ilegítima, la temprana muerte de su madre, su huida del convento, y el matrimonio casi forzado con James Thorne, en pacto con su padre, al que abandonó por su amor a Bolívar.

Qué lejos estaban ahora esos años. Después de que el Libertador murió y se ordenó extirpar su nombre de la memoria, solo unos amigos y ella defendieron su pasada gloria. Habiendo sido expulsada de Colombia y Ecuador, rechazó el salvoconducto para volver a su país, decidiendo quedarse en Paita.

Vivió desterrada, recluida en ese puerto, transformado en puerto de escala de los balleneros de New Bedford, sin haber podido recuperar sus bienes por los embrollos jurídicos ni la pensión que le correspondía como poseedora de la Orden del Sol.

Se mantenía a las justas con pensiones vitalicias que le habían asignado los gobiernos de Perú y Colombia, pero que llegaban mañana, tarde y nunca.

En ese destierro solo logró recuperar las cartas que le fueron enviadas en servicio especial, por un íntimo amigo desde Bogotá, donde estuvieron a buen recaudo durante un tiempo, y ahora ella las releía y conservaba en un baúl.

Recordaba cómo luego a medida que la estrella de Simón Bolívar se agrandaba en la memoria de los pueblos, la de ella se opacaba, manchando la historia del Libertador y haciéndola desaparecer.

Quemada en el fuego de las habladurías, sentada sobre los restos de su pasado, en la espantosa rutina de una casa destaralada, acompañada de Juana Rosa, su fiel criada, pasaba sus

días vendiendo ristras de ajo, tabaco, bordando o haciendo algunas traducciones para la industria ballenera.

Hasta que no pudo moverse por la caída que le dislocó la cadera, y la postró de por vida, confinándola para siempre en la hamaca.

Ya en su dignidad de matrona, con sesenta años a cuestas y la mente en paz, contemplando durante horas el mar, fue presa de la epidemia de difteria que asoló el puerto. Tres días antes había partido Juana Rosa, su fiel criada, nacida esclava y quien nunca hizo uso de la libertad concedida por Manuela.

Arrojaron a la calle todas sus pertenencias... cuadros, medallas, recuerdos de la guerra y de la paz, y el baúl repujado en cuero, que contenía las cartas del Libertador.

Inválida, imposible de huir, pues todo estaba contaminado y saturado, el 23 de noviembre de 1856, el cadáver de Manuela Sáenz de Vergara y Aizpuru, Libertadora del Libertador, fue puesto en el carro de dos ruedas y trasladado a la fosa común.

... te veo aunque esté lejos de ti. Ven, ven, ven luego. Tuyo de alma.

S. Bolívar

Transmutación *por Melina Durand*

Angustia lo toma de los cabellos, restriega su incompetencia contra el escritorio; un leve suspiro calma su furia y por casi un pestañeo se suma a esa petición del castigado que yace mudo con el cráneo deshecho y cesa del azote. El pobre hombre de tirana apariencia, que era su presa todas las noches, tomó valor de donde vino el golpe y respondió con una prepotente sonrisa, que mata y desarma a cualquier criatura.

Encerrado en el cristal, sumergió sus gigantescos ojos en el túnel amurallado con periódico cubriendo casi la totalidad de la entrada, sobresaliendo hasta el umbral, impidiendo la mirada hacia su objetivo favorito, al cual ya había marginado de una manera tan despreciable, que el regocijo del castigo empezó a dejar un sinsabor en los hombros. Lo había destrozado tantas veces como para privarle el aliciente del mirar su alma reflejada en la mancha, dejando sobrevolar papeles de alabanzas para que lo deje tan solo observar su triste cara.

—La sangrienta historia cubre de caqui a los de castas superiores, la sangrienta historia cubre de caqui a los de castas superiores —repetía mientras danzaba en círculos esperando a que la criatura hablara. No hubo respuesta del otro lado del mundo, así que el hombre rascó el papel como si fuera un boleto ganador, con las garras que tenía como pestañas,

desenmascaró el otro lado del que es su mundo y lo llevó hacia el salón... *¡Decepción! ¡Decepción!*, gritó el monstruo revolcándose de dolor en el suelo frío. La amistad forjada con ese salón demostraba años de mala convivencia, ese espacio en donde lo único que callaba la confusión era las marcas de sus propios pasos en el piso hecho de boñiga, de tanto recorrer cada centímetro cúbico de la prisión voluntaria que imaginariamente rompía los esquemas de sus propios límites.

Levantó su dignidad purificada ya por las travesías de la vida misma, y atravesó el túnel ahora sí, sin miedo a dañar su cuerpo. Se arrastró hasta hacerse pequeño y traspasó el agujero que lo conducía al temido salón. Caminó y caminó, llevando las corazas desgastadas por el paso del tiempo por cada vez que la hermosura de su tez reflejaba en él un cambio de piel tan poderoso que Angustia no podía vencerlo, *¡cómo puede ser tan ingenuo!* Miraba lentamente y aun con la esperanza de detener el tiempo, transitó ligeramente a un mar lleno de lágrimas. Dejó sus escudos en el frío piso del salón recubierto con arena de desierto, pero Angustia seguía inmutable, ni un músculo había cedido ante tal espectáculo y dejó entrever una mirada desafiante como al inicio de este martirio.

Después de la decepción producida por el desaire, la extravagante criatura pensó, recordó lo incompatible de su amo, y decidió sumergir cada espacio seco de su cuerpo en aceite... y no paró hasta sentir la dificultad del respirar por el espesor del líquido. Cuando el momento correcto se presentaba de forma inminente, la criatura, por una vez en esa cabeza suya, recorrió una idea en su mente que iluminó su rostro brillante ante la luz de la verdad: *¡Él quería vivir! ¡Él!* Quien jamás vio la importancia a la vida, quien el peso de sus

talones repercutía estruendosamente en cada paso que daba, el desdichado hombre, que desarrolló una especie de inmunidad a las estruendosas oleadas de dolor que casi palpaban sus riñones impidiendo su buena postura, sintió la necesidad de respirar como si el mundo hubiera hecho un espacio en sus terribles escenarios, para una criatura tan monstruosa como lo era esta.

¡Qué bello el maltrato! ¡Qué bello el amar sin ser amado!

Las comisuras de sus labios se estiraron repentinamente desde los extremos, y los pellejos reseco cayeron como si el otoño viviera en sus penurias, un bosquejo de una uve fue pintada en el rostro del hombre y, sin querer, rescató la poca humanidad que le quedaba a la criatura después de la guerra que marcó su condición de vivir encerrado en un cristal.

Mirando desafiantemente, el hombre de mediana estatura destruyó las esperanzas del ser que amaba y empezó a cubrirse de plumas recogidas del saco con el que lo acompañó en tantas noches de mal tiempo, en el que su mente albergaba las torturas del día siguiente y siguiente y siguiente. Nada mejor que un buen castigo para Angustia que hacerle recordar la peor de sus pesadillas. La envalentonada criatura formó unas notas agudas en sus labios y sonidos onomatopéyicos salieron del fondo de su ser. Eran sonidos para nada ajenos a Angustia. Ese sonido, ese cacareo tan peculiar que la criatura reproducía empañando el cristal con sus hirientes ecos dentro de este, producía en Angustia una mezcla de sensaciones que arribaban a la furia y a la desesperación. El hombre, cansado por lo sucedido, se forzó a salir de la habitación, dejando a la criatura bailando y balbuceando el cacareo de una gallina.

Estaba acostumbrado a malgastar para vivir, al sonido de platillos en los oídos que escuchaba constantemente por el

abuso del eco, a una criatura que le besaba los pies para luego hincarlos con agujas de un limonero.

—Él dijo que el mundo estaba vendido, que la verdad era ciega para quienes jamás usaron sus manos, que en la cabeza de la gente normal transitaba la vida más serena...

No hay nada en todo el universo que pudiera partir a Angustia como el cacareo del monstruo en el cristal, ¡oh, pobre criatura! Ella trasluce una cristalina personalidad, que enferma al monstruo del cristal, que quiebra al héroe de las grandes hazañas que en los ojos más inocentes producen una sensación de amistad y vulnerabilidad a la sonrisa maltratada por la pobreza de su palidez.

Angustia siempre fue un hombre de temer, de temer que algún día deje de creer en sí mismo. La vida ha sonreído al genio de la pintura como si no hubiera una crítica avanzada para el humilde trabajo que reflejaba a un hombre que estaba sujeto, de pies a cabeza, por una cuerda imaginaria que nadie podía ver. Esa era la base y fundamento de las pinturas hechas por el artista, y basándose en lo buena y perspicaz que era la audiencia siempre preguntaba: ¿Qué tratas de contar gran Angustia? ¿Quizás es tu padre quien te mandó a comer al mundo sin permiso de tu artista interior?

Angustia jamás respondía, y recaía en su desdicha de afrontar sus problemas solo y sin un compromiso ante la sociedad en explicar el gran genio que tenía en el extremo de su personalidad. Su padre, el hombre de su vida, ayudó a Angustia a desarrollar la parte más indecisa suya, lo encontró excitante el recordar viejos tiempos, en las manos de su hijo, cuando hablaban sobre la timidez y bipolaridad que posaba en Angustia desde que era un niño. Su padre reforzó las barreras que Angustia ya había construido para

refugiarse del exterior. Él no entendía que su hijo no era un alguien sino un algo. Y respondía y respondía al nombre de dos, como si uno no fuera suficiente para definirlo solo a él. Caminaba en círculos, tratando de explicarse a sí mismo qué hizo mal con su hijo: ¿Por qué el mundo nunca responde? —se preguntó enfurecido por el trato de la vida con el gran pintor, que esperaba una continuación de su trabajo, ya perdido por las generaciones, en el pequeño Angustia.

Una tarde inimaginable como siempre, Angustia firmó su sentencia de muerte, y se la dio a su padre en bandeja de plata: Papá, ¿no lo ves? ¿Has escuchado lo que dijo? Su padre arrugó la frente, se remangó la camisa, levantó la mirada desafiante heredada, y golpeó a su hijo sin piedad hasta que derribó al pobre lleno de sangre y estupefacción contra el estante de madera. Él ya no se reconocía, era una bestia con dientes gigantes que devoraba cada pedazo de esencia que quedaba de Angustia regada por todo el salón. Lo llenó de cenizas y derramó grandes lágrimas al maldecir a su hijo por no tener su genio... días más tarde el padre de Angustia amaneció dormido en aquel sillón verde que el pequeño tanto temía, vio a su padre volverse loco disfrazado de gallina con aceite en el cuerpo cubierto de plumas de las almohadas, pegando periódicos, casi cubriendo toda la puerta, alegando que en su mente estaba protegiendo a su cría del azote.

Este recuerdo tan implantado en la vida del ahora adulto Angustia deformó su realidad cayendo en la depresión profunda y el uso de medicamentos de colores, que en suma no hacían más que golpear su cabeza contra el estante de manera voluntaria. La criatura se empinó para ver si el hombre seguía ahí, al no verlo decidió aventarse a lo estrepitoso y cacarear

como ninguna ave lo había hecho, repitiendo: no te tengo miedo no te tengo miedo.

El ruido despertó a Angustia de la estupefacción, cuando estaba parado en el pasillo recordando el momento más doloroso de su vida, pero hoy esa criatura no iba a volver a desgarrarlo, a hacerlo sentir infeliz con lo que pudo ser. Hoy el mundo cambió de planos: y él los tenía todos.

La criatura lo ve llegar y reproduce su broma otra vez, pero con más orgullo. El hombre sabía que si lo mataba, él moriría también —somos uno, somos uno—, pero la vida era tan corta, los veranos tan pesados, las esperanzas tan apagadas que no había nada que impidiera el desquite del gran Angustia. Con lágrimas en los ojos, Angustia decide tomarlo de los cabellos y restriega su incompetencia contra el escritorio...

Cloe
por Marco Felix

«Esta es la última vez que sueño contigo
es la última vez que sueño
la última vez que sueño contigo
última vez que sueño y sufro».
Soñar contigo, José Luis Ayala

—Mierda... aahhh...

Embarró con su sangre la tabla de picar junto a la cebolla en corte pluma. Se metió el dedo en la boca hasta que dejase de sangrar; no paraba. Observó el profundo corte, se colocó un guante quirúrgico cuya caja estaba sobre la congeladora, y encima de este, otro para disimular y seguir trabajando. Buscó con la mirada al chef, pero este no lo había observado. Arrojó a la basura lo que había avanzado y lavó la tabla. Comenzó de nuevo, apresurando todo. Nada podría desmoralizarlo, nada podría salirle mal. De eso estaba muy seguro... *porque hoy es su día.*

* *

—¿Cómo dices que se llamaba?

—Cloe...

Después de haber escuchado su historia, Ricardo nunca había visto a Flavio tan ensimismado. Ahora deja el sofá y enciende un cigarrillo. Luego lo exhala y no deja de observar triste a su amigo.

—Mira... —abandona el cigarrillo, aplastándolo fuerte contra el cenicero— Un sueño mojado no significa que tu suerte cambiará, que mágicamente las cosas se resolverán para ti. Tienes que ser concreto, otras veces te ayudé con conseguirte algunos trabajos de limpieza y para hacer de seguridad. Pero tú arrugaste con «no me gusta quedarme hasta muy tarde» o «me pagan muy poco por hacer eso». Lastimosamente así funcionan las cosas. Te tienes que rajar, si luego quieres cobrar bien. Ya no eres un niño. Si yo tengo mis cosas es porque me saqué la mugre estudiando y aguantando a mis jefes, sonreírles bien hasta llegar a un buen sitio. Mira dónde estoy ahora —se golpea el pecho—. Allá los practicantes no dejan de adularme. Dentro de unos meses probablemente asumiré una gerencia de la compañía. ¿Por qué no estudiaste la carrera que te recomendé? Te hubiese ayudado bastante —sujeta de los hombros a Flavio, para luego soltarlos con pena—, pero me saliste con lo de querer ser cocinero... y ya no puedo hacer nada por ti tampoco —Flavio permanecía callado—. ¿Tienes algo que decir?

—Felicidades por lo de la gerencia.

Ricardo no reaccionó. Dio una vueltas por la sala y buscó algo entre la caja del escritorio. Flavio se reclinaba más sobre el sofá y sopló sus dos manos juntas tratando de reunir calor. A través de las ventanas del segundo piso observó a los escolares que se retiraban a sus casas. Lucían muy diferentes a él cuando era más joven. Los veía más altos, con mayor presencia y dotados de talento. Lo suficiente como para sobrellevar

el ambiente de trabajo al que él nunca se adaptó. Por un momento deseó ser contemporáneo a ellos y sin preocupaciones.

—Hace un frío horrible, ¿no?

Ricardo no contestó. Seguía rebuscando en el escritorio. Flavio decidió abordar el segundo tema real de su visita.

—¿Todavía puedo ser el padrino?

—No... Marlene no te aprueba y lo sabes.

—...

—Sé que quieres mucho a la niña y te agradezco por eso, pero cuando tienes una familia, la opinión también sale de otro —encuentra el sobre y se le acerca—. Marlene te considera una mala influencia y un atraso, solo por nuestra larga amistad no te diré más de ella y también dejaré a que camines por tu cuenta —le entrega el sobre—. Si tu sueño significa algo bueno para ti, quizá sea una iniciativa de negocio. Mucha suerte, pero yo siempre iré por las cosas seguras. No me pidas que crea en sueños y presagios. Me estoy arriesgando en entregarte algo a escondidas de mi esposa.

Ricardo lo acompaña a la puerta y le palmea por última vez al hombro con mucha tristeza.

—No me cuentes más de tus fantasías, buena suerte, hermano. A partir de aquí ya no te daré dinero y tampoco me busques para pedirme más —mientras lo despide de su casa.

Abre el sobre y solo había cincuenta soles. Flavio protesta.

—Es tu liquidación —ríe—. Quizá dejarte a tu libre albedrío te despeje la cabeza de esas ideas absurdas.

—Bien... Entonces, haz como todo el mundo —voltea bruscamente—. Búscate de padrino a un capitán de la Policía, un doctor o un ingeniero como tú y que tengas una larga vida aburrida... gracias por todo y gracias por nada. Solo te diré que Cloe se presentó solo para mí... —Flavio ya estaba

casi llorando y Ricardo le había cerrado la puerta en la cara, estando en el interior de la sala, prendió otro cigarrillo.

«Me olvidé decirle también que es todo un sinvergüenza», pensó. Mientras tanto, afuera, Flavio continuaba vociferando furioso.

* * *

La presencia de ella fue lo más sublime y gratificante dentro del sueño. Desfilaron en su cabeza Flavio junto a su familia y la gente que le desagradaba junto a otros que le habrían hecho algún daño. Como Lucio Chocano, uno de sus jefes que lo largó del trabajo por consumir un helado durante el servicio, también a otro que también lo despidió cuando laboraba en un supermercado. Apareció Jorgito Hinojoza, el chancón de su promoción, al que le envidiaba mucho. Lo recordaba como el fanfarrón que ingresó a una universidad estatal en su primer intento y se ufanaba de él por arrebatarle una enamorada durante la academia. Además de ese grupito escolar que lo aterrizzaba durante el recreo y salida en esos años, también de algunos de sus profesores de la secundaria que lo maltrataban y humillaban por su bajo rendimiento. Junto a otros más que cuyo recuerdo solo lo exasperaba. Pero lo mejor del sueño fue cuando Cloe se le apareció y junto a él los mandó a todos a la mierda. Incluso dentro del sueño ella le reprochó a su padre, quien lo abandonó a los ocho años, contra el cual guardaba mucho resentimiento y culpaba de muchas de sus desgracias. Finalizando el sueño, pasó por una catarsis, diciendo ella a todos los presentes lo que Flavio nunca se atrevió. Despertó con lágrimas de felicidad y tan extasiado estaba que se resistía a abrir los ojos para no dejarla ir.

Luego lloró como nunca y gimió. Ya incorporado, se preparó para salir al trabajo. Para ese momento estaba convencido de dos cosas: primero, gozó del sueño de su vida, y segundo, presentía ciegamente que ese mismo día, según él, se le presentaría ese azar extraordinario que esperaba desde hacía mucho. El que justifique, y compense su vida y desesperanza.

Estando en la calle, en el paradero de buses, reconoce a Jorgito Hinojoza. «Esa mierda», pensó. Está vestido elegantemente con un conjunto. Pero hoy Flavio se encuentra con la moral muy alta y de buen humor, incluso tararea una canción. Se anima a avanzar y saludarlo, pero este le adelanta el paso, se cubre la cara con el celular, fingiendo hablar, caminando rápido hasta perderse. «¡Qué hijo de su madre! Se hace el pendejo», sentencia. Mientras voltea para buscarlo, se cruza con unos estudiantes. No evita imaginarlos más altos, prodigiosos, sin preocupaciones, con un buen porvenir.

* * * *

Uno de sus últimos fracasos fue trabajar como ayudante de cocina en el restaurante, nunca pudo aguantar un *rush*¹, se desesperaba fácilmente hasta que el chef del restaurante lo mando a trabajar de vajillero. Flavio esperó casi un año para que lo cambiaran al área de almacén donde repartía los insumos para los cocineros, hacía inventarios y ordenaba las compras para los próximos días. Hasta que el día que soñara con Cloe pensó que esa era su señal divina y su oportunidad en grande de volver a trabajar en la cocina, darse la oportunidad de redimirse y también de mejorar su sueldo. El chef de la

¹ Momento durante el servicio en el restaurante en el que se abarrotan los pedidos en la cocina.

cocina, un chino bajo y calvo con el rostro siempre marcado y fruncido, le da una oportunidad.

—Apoyarás a fríos².

Comenzó cortando cebollas para el cebiche, picar finamente el ají limo y el culantro, exprimir limones, rayar kion y extraerle el jugo, elaborar la salsa de rocoto, y dejar todo listo para que el cebichero se dedique a emplatar³. Cuando podía también apoyaba a las demás estaciones⁴. Todo iba bien hasta que el local se abarrotó de gente en un solo momento. Los mozos gritaban sobre la barra con las comandas en la mano. Trató de ponerse a prueba y serenarse, pero fue tarde: cortando cebollas apresuradamente se hizo un corte profundo en el dedo índice y tardó un tiempo en reconocer su dolor. Hasta que llegó el grito de dolor y embarró la tabla con su sangre. Se colocó un guante quirúrgico descartable y encima otro. Siguió corriendo de estación en estación, apoyando a los demás, hasta que se hizo un corte tan profundo como el anterior en el mismo dedo. Esta vez y no pudo disimularlo, al momento de retirar el guante ensangrentado. Más órdenes llegaban y se vendría con el colapso inevitable en la cocina. El ambiente se puso peor, más caldeado y rebosante de gritos y mentadas de madre. Con todos los cocineros corriendo de un lado a otro, incluso el dueño del local empezó a recoger los platos. Flavio aún quería ayudar, pero el chef, de mal genio, solo lo insultaba y denigraba. Al verlo haciendo las cosas con una sola mano, continuó hasta desmoralizarlo. Fue re-

² Estación donde se elaboran las entradas y cebiches. También puede ser área de postres.

³ Armar la presentación del plato. Antes de llevarlo al comensal, puede llevar adornos.

⁴ Áreas de diferente especialidad dentro de la cocina. Por ejemplo, estaciones de calientes, pastas, fríos, salteados, etc.

emplazado por otro ayudante nuevo y más joven, que realizó un mejor trabajo que el suyo. Hasta que finalizó la jornada, mientras se curaba solo en el almacén. El incidente le recordaba algunas acciones similares en el pasado: cuando de niño, jugando, se cayó en una zanja y ahora tiene una cicatriz en la nuca. También en la primaria, cuando salió de paseo a un parque recreacional: corriendo detrás de un compañero, en la rodilla se le insertó un fierro que sobresalía en el jardín. Tuvieron que cerrarle la abertura con seis puntos. Contempló sus dos nuevos cortes ya resecos; le dio una sensación de asco. Solicitó un permiso para salir temprano y tratarse. Se marchó lloroso y miserable, se sintió un abandonado de Dios. Murmurando, maldijo y volvió a llorar. «Se suponía que esto no acabaría así... Hoy era mi gran oportunidad», pensó con los dientes apretados. Recordó a su imposible ahijada. La imaginaba más alta en un futuro, más buenamoza y con un magnífico trabajo como el de su padre. Se sintió estafado por Cloe y no pudo dormir durante la madrugada hasta que pudo conciliar el sueño. Tiempo después la volvería a soñar. Para ese momento, Flavio juro esperarla con los ojos bien abiertos.

Zaq, el mudo
por Fran Gutiérrez

Tengo el recuerdo de por qué Zaq, el mejor amigo que tuve en mi infancia, no volvió a hablar nunca más.

Ese año, justo después de las lluvias torrenciales de febrero, casi sin tregua, nos cayó encima un espeso manto blanco que lo cubrió todo hasta donde alcanzaba la vista. Nuestros cerros oscuros parecían montañas alpinas. Potreros y huertos yacían desbalagados. Las calles empedradas estaban congeladas y hombres y animales resbalaban al transitar. El patio de la escuela era nuestro único refugio de diversión: patinábamos descalzos hasta quedar amoratados.

La nevada no solo sepultó el verde alegre del musgo, las gramíneas y los pastos silvestres, había trastocado también nuestro modo de vida. El largo invierno nunca antes visto podía ser un buen presagio o un mal augurio. Los ancianos mismos andaban confundidos en sus predicciones con los *apus*.

Una mañana de esas, mi amigo Zaq, sin esperar el eterno llamado de su madre, se levantó muy temprano por primera vez en sus nueve años y salió al corredor medio sonámbulo. El frío despiadado de la mañana le erizó la piel. Alzó los brazos como un perezoso, se frotó los ojos con ambas manos y bostezó varias veces, tratando de espantar los tentáculos del sueño. Cuando se repuso, advirtió junto a su rostro una

extraña nubecilla de vapor disipándose en el aire. Era blanca y algo densa. No llegó a entender de dónde había brotado.

—Qué extraño —exclamó, y en ese instante vio que el vaporcillo salía desde su propia boca.

Se quedó sorprendido por un momento. Hasta entonces no había visto nada parecido en una persona. Delgado y taciturno, crecía como un niño más del pueblo, sin mayores rasgos ni destrezas sobresalientes.

Maravillado por su resuello, Zaq corrió a contárselo a su madre, instalada ya en su cocina al fondo del amplio corredor.

—¡Mamá, mamá, no vas a creerlo, mamá! —dijo lleno de emoción, al tiempo que exhalaba con más fuerza ese extraño vapor.

—¡Qué tienes, hijo mío! ¿Acaso soñaste algo feo? —se interesó su madre.

—Creo que tengo, dentro de mi barriga, una olla de agua que hierve.

—¿Por qué dices eso, hijito? —lo miró su madre, suspiró y se echó a reír— No es nada, mi amor —lo consoló y le dio un abrazo—. Es solo *vaho*. No tienes de qué asustarte.

—*Va-o* —repitió Zaq en su mente tal y como sonaba. No había oído antes palabra tan corta y a la vez tan rara. Lo repitió una vez más, y esta resonó en su interior, gracias a la voz calmada y suave de su madre que todavía vibraba en el aire, como algo mágico y grandioso.

—¿Y es malo?

—Para nada, mi hijo. Es un vapor natural que todos llevamos dentro, y que nos sale cuando hace bastante frío, como ahora.

El pequeño Zaq no entendió gran cosa la escueta explicación de su madre y no buscó más explicaciones. Todo el rato,

mientras ella hablaba y reía, estuvo concentrado en el humo blanco que emanaba al respirar.

—Verás —agregó su madre—, en cuanto avance el día, desaparecerá.

Tan pronto como llegó a la escuela, no tardó en revelarme lo que para él era su gran descubrimiento. La mayoría de los chicos se entretuvieron un rato, se echaron unas buenas carcajadas, se aburrieron y enseguida nos echaron al viento. Solo yo, que estaba fascinado por el vaho, más que prestarle mi curiosidad, le regalé mi atención. Lo seguí, lo contemplé y le confesé que era una cosa maravillosa que hasta entonces tampoco había advertido. Encandilados por el secreto, desplegamos nuestros pulmones de gato, y estuvimos jugando a los soplidos durante el recreo y después de la salida.

Cuando su madre volvió del campo, se quedó sorprendida al ver cómo su hijo jugaba con el vaho, una y otra vez, sin agitarse ni perder fuerzas.

—¡Deja de hacer eso! —le advirtió— ¡Te va a doler la cabeza, te vas a marear y yo no sé si te desmayas, eh!

Pero el vaho de Zaq continuó creciendo tanto como el frío sin precedentes. A donde iba, el pequeño paliducho soplaba y resoplaba a mandíbula batiente.

Y la nevada florecía con más fuerza.

Sin pensarlo, Zaq ya no sentía una olla de agua hirviendo si no una gran fuente de agua termal cuyo vapor caliente, blanco e interminable, escapaba al ambiente en cuanto abría la boca. Al poco se hizo ya imposible advertirle de las consecuencias de ese esfuerzo.

—No me siento cansado —decía él.

Zaq fue poseído por un don mágico, grandioso y emocionante. Y pronto se convirtió en nuestra chimenea humana.

Al cabo de unos meses, aprendió a hacer gorgoteos de humo, cascadas de nube, piruetas y figuras de animales de vapor que no tuvo miedo de mostrar en público. Entre curiosos y aficionados, hubo quienes intentaron desafiarlo en un duelo y hacerle ver lo ridículo que resultaba el juego, pero no bien lo intentaban, desplegando todas sus fuerzas por mantenerse imbatibles, se les esfumaba la magia. En el pueblo no había rivales para Zaq y yo me sentía orgulloso de ser su único amigo.

En septiembre, el tiempo empezó a apiadarse de nosotros. La nevada empezó a dejarnos de a pocos y llegaron los vientos templados. Entonces pensamos que al marcharse el frío también se acabaría la magia de Zaq. No obstante, fue todo lo contrario: los calderos de sus entrañas continuaron dando vaharadas a toda máquina. Dejó atrás la timidez y su fama de hombrecillo de vapor se extendió rápidamente por todos los pueblos de la región.

Una mañana su madre recibió una carta de una importante compañía circense del país. Yo sabía que solo una vez había asistido a un circo, durante unas vacaciones a la ciudad, y que según sus palabras había quedado fascinado por los acróbatas, malabaristas, magos y por cada uno de esos personajes excéntricos que vivían en común, mudándose de un lugar a otro con sus animales y carpacasas, como gitanos del viejo continente. Zaq quería ser uno de ellos, tener ese espíritu libre e integrarse a esa caravana de artistas del entretenimiento. Su papel por desempeñar sería demostrar su talento, gracias a sus juegos naturales, de asombrar al mundo en un espectáculo único como La Pequeña Chimenea Humana. En la escuela y en las calles de nuestro pueblo, semanas antes de su partida, lo aclamamos como la gran

estrella que ya brillaba con luz propia. Zaq estaba listo para saltar al mundo.

Recuerdo entonces que, el día anterior a su esperado viaje, el cielo volvió a encapotarse con amenazas de tormenta. Zaq y su madre salieron temprano al campo a despedirse de sus tierras. No imaginaron lo que luego sucedería. Hacia las tres de la tarde, en medio de los recientes brotes de pasto, un rayo, probablemente atraído por sus pendientes de oro, se le clavó a la altura del cuello, carbonizando todo su interior y el suelo bajo sus pies. Desde ese día, mi entrañable amigo Zaq, aunque siguió humeando por dentro, enmudeció para siempre.

El hombre que no creía *por Jaime La Torre*

El hombre se colocaba el bigote postizo saliendo del dormitorio, cuando reparó en el diminuto montículo, en el peldaño más alto de la escalera.

Intrigado, alisó el piso con un dedo y dispersó la pequeña colina, sin hallar nada bajo ella. Al ver que se trataba de minúsculas partículas de madera, maldijo para sus adentros. «Es la puta casa que se cae carcomida por alguna maldita termita». Se encogió de hombros, sopló los restos del montículo con la fuerza de un violento huracán, y prosiguió su camino hacia abajo, acomodándose el bigote postizo, mientras se ponía unos lentes oscuros que terminaron de completar el disfraz. Se miró en un espejo de la sala y luego abrió la puerta principal, apenas una rendija, cuidando que nadie observara desde la calle, para salir sigilosamente y perderse entre el bullicio de la avenida.

Este hombre llevaba una vida desordenada al extremo, tratando en vano de alejarse de las drogas, de las malas juntas y el eludir constantemente la ley.

Anoche llegó muy tarde a casa, después de huir de un asalto frustrado a un camión de caudales. Todo salió mal, casi los atrapa la Policía, y uno de sus compinches, su mejor

amigo, estaba herido de bala, atendido en casa de un médico al que pagaban mucho dinero para que cure sus heridas.

En los noticieros decían que dos guardias de seguridad resultaron heridos en el asalto, que uno de ellos había fallecido camino al hospital y que se desconocía la identidad de los asaltantes.

Debería tener cuidado y mantener mucha discreción por estos días, hasta que todo se enfríe. Si lo atrapaban, le esperaba una larga condena en la cárcel.

Estuvo viviendo con su madre y hermanos en esta casa, pero hacía meses que todos se habían ido a vivir a otro país, dejándolo como único habitante de la enorme mansión. No había recibido ninguna llamada desde que partieron, y tenía clavada en el pecho la sospecha de que su madre y hermanos se fueron para deshacerse de él. Sentía que no lo querían con ellos, a pesar de que juraron amarlo al despedirse en el aeropuerto.

La soledad que lo acompañaba en la casa se había convertido en su mejor amiga y convivían como dos amantes olvidados por todos. Esa solitaria compañía se mantenía en silencio y no estorbaba ni exigía nada; era muy agradable vivir con ella.

Nacido en una familia fanáticamente católica, recibió una educación religiosa temerosa de Dios. Las imágenes de santos de ojos vigilantes estaban en cada rincón de la casa familiar. Desde muy niño había sentido que esos ojos atemorizantes lo seguían a todos lados, incluso lejos de casa.

En su mente estaba grabada la imagen de la abuela materna, amorosa y devota, rezando una poderosa oración que servía para todo, desde ahuyentar a los malos espíritus hasta calmar los terremotos. «Salve, salve las vacas...», rezaba la

abuela, con una fe que reconfortaba. Cuando algo malo sucedía, él cerraba los ojos infantiles, se tapaba los oídos, y se acurrucaba en las faldas de la anciana, hasta que todo lo malo pasara o la abuela dejara de rezar la oración infalible.

Ahora que necesitaba la oración, para rezarla cuando el peligro acechaba en cada asalto, la abuela ya no estaba en este mundo para preguntarle y nadie de la familia recordaba la oración completa. Por más esfuerzos que hacía, solo podía recordar el comienzo de la plegaría y, aunque por instinto siempre repetía, como un estribillo, «Salve, salve las vacas...», se esforzaba en creer que ese fragmento lo había salvado muchas veces de caer preso o de morir en las balaceras con la Policía u otras bandas.

A los once años empezó la educación secundaria, en el colegio religioso donde estudiaba su hermano mayor. Al terminar la tarde del primer día de clases, cuando se disponía a salir del colegio hacia su casa, fue llamado a la Dirección por una razón que desconocía. En el camino se encontró con su hermano llevando el mismo destino.

Una vez en la oficina del director, para sorpresa de los hermanos, allí encontraron también a su padre anciano, con esa estirada dignidad que lo hacía parecer un rey jubilado, sentado muy derecho en una silla frente al director del colegio, un sacerdote siciliano, alto, fornido, de grueso cuello rojo, excombatiente de la Segunda Guerra Mundial, que inspiraba miedo con solo mirarle las enormes manos.

La reunión había sido convocada para comunicarles que se quedarían los dos hermanos a vivir todo el año escolar en el internado religioso. Internado que, junto con la iglesia y el colegio, conformaban un pequeño complejo religioso, regentado por la orden de sacerdotes a la que pertenecía el

Director, cuyos miembros usaban gruesas sotanas marrones con capucha y cordón blanco atado a la cintura.

De la Dirección pasaron al internado. No les permitieron ir a su casa que quedaba apenas a tres calles de allí; su padre se había encargado de llevarles sus maletas. Fue también su padre quien les explicó que estarían internos parcialmente, que saldrían los fines de semana a pasarlo en casa. Gran consuelo no era, pero obedecer resultaba ser el único camino.

En ese internado recibió una estricta educación católica que lo asfixiaba. Allí vio la terrible contradicción entre lo que predicaban y lo que hacían algunos sacerdotes. Varios de ellos tenían contacto sexual con los alumnos a cambio de propinas y era un secreto a voces en toda la escuela.

El comedor del internado estaba formado por dos largas mesas paralelas para los estudiantes, y una mesa más corta, atravesada en la cabecera, para los sacerdotes. Una demostración dolorosa de la doble moral de los sacerdotes. Ellos tenían banquetes diarios con pichones al horno, olorosos quesos, vinos, panes enormes y otras exquisiteces, frente a cincuenta adolescentes que tenían que contentarse con un magro plato de arroz con frijoles y una pequeña porción de desmenuzado de atún de lata, de la peor calidad, como una desigualdad cruel.

Después de la mísera cena había rezo obligatorio, de rodillas y por una hora. Terminado el rezo, a estudiar en el más absoluto silencio, en un salón vigilado por el brigadier general del colegio, alumno del último año, que también estaba internado.

Al finalizar el estudio, todos pasaban a dormir a la barraca del segundo piso, que hacía las veces de dormitorio y colindaba con la iglesia a través de unas enormes ventanas, desde las que se veía, desde arriba, el interior de la altísima nave de

gruesas columnas, muchas filas de bancas de madera e innumerables estatuas de santos de miradas inquietantes.

La leyenda popular contaba que dentro de la iglesia vivían muchos fantasmas porque había sido construida sobre un cementerio, y aún conservaba los pasillos que los primeros misioneros construyeron bajo la iglesia, tratando de encontrar tesoros. La gente aseguraba que esos oscuros pasillos eran la morada de los fantasmas que subían por las noches a caminar a entretenerse entre las bancas y a jugar con los santos.

Por las noches, a través de las ventanas que daban a la iglesia, cerrada a esas horas, se escuchaban ruidos extraños provenientes del oscuro interior, bancas arrastradas de un lado a otro y rezos en murmullos que erizaban la piel.

Los internos dormían en dos hileras de camas, adosadas contra los ventanales, a ambos lados del largo dormitorio. Los más aterrados con esos ruidos eran los que se acostaban en la hilera de camas contra las ventanas de la iglesia. Ellos no podían conciliar el sueño por el miedo, mientras que la fila del frente, que veía el río a través de los vidrios, dormía mirando hacia ese lado.

Para disimular el miedo, cuando se apagaban las luces, se iniciaba una guerra de todos contra todos, utilizando trozos de velas robados de la iglesia, como proyectiles en la oscuridad. Después de algunos chichones y algún ojo hinchado, el sueño llegaba más rápido.

Cuando todos dormían, el brigadier general, encargado del control de la barraca, se paseaba de cama en cama, tocando las partes íntimas a los que dormían profundamente o a quien se lo permitiera. Ya había recibido muchas patadas en la cabeza, pero él no se daba por vencido y volvía la siguiente noche con más deseo.

En la época del internado escolar, el hombre empezó a caminar un sendero que lo fue alejando de toda religiosidad, su fe y temor a Dios se fueron desvaneciendo, al mismo tiempo que se hundía en un mar de dudas religiosas.

A veces volteaba a mirar de reojo, para cerciorarse si aún lo miraban los santos que lo asustaban de niño, pero él pensaba así, acerca de ello: «Antes yo me arrodillaba a orar frente a los santos y frente a Dios, ahora ellos solo ven mi espalda que se aleja. Lo peor de todo es que odio vivir sin fe, siento un horrible vacío que no puedo llenar con nada. Pero como la fe no se puede comprar, solo me queda esperar a que el *misterioso* camino hacia mi corazón sea develado. Mientras tanto, veré a dónde me llevan las dudas».

En estas cosas pensaba cada vez que reparaba en la presencia del Cristo pintado en un cuadro colgado de la pared, en el *hall* del segundo piso, frente a la escalera que subía de la sala. Su madre ausente había mantenido el cuadro por años en el mismo lugar, sin querer moverlo por nada del mundo... porque, según ella, desde ese lugar dominante, el hijo de Dios mantenía a la familia bajo su divina protección. Al hombre le causaba mucha gracia la enorme fe de su madre, pero nunca se atrevió a burlarse de ella, al menos en voz alta.

Ese Cristo clavado a una cruz, de rostro benevolente y mirada piadosa, parecía vigilarlo todo, pero a este hombre solitario, casi sin fe, lo tenía sin cuidado y le prestaba poca o ninguna atención. No había descolgado y desaparecido el cuadro porque ese Cristo era el delgado hilo sentimental que lo mantenía atado a la realidad y a su familia.

La justicia los buscaba, a él y a sus compinches, por el asesinato del guardia en el último atraco, pero no se preocupaban por ello. Se sentían seguros porque pagaban los servicios

de protección de un corrupto coronel de la Policía que los mantenía informados y a salvo.

La noche anterior había salido a reunirse con el resto de la banda para planear el próximo atraco. Esta reunión terminó en una borrachera hasta el amanecer.

Casi al mediodía, el hombre despertó en su cama con los estragos de la juerga. Junto a él dormía una mujer desnuda. No sabía quién era ni cómo llegó a casa. Abrió la puerta del dormitorio y salió al vestíbulo donde estaba el Cristo. Lo miró de reojo, levantó los brazos, y con un largo bostezo se estiró, desperezándose. Dio dos pasos para empezar a bajar las escaleras e ir a la cocina en busca de un refresco, cuando, de pronto, la sorpresa le hizo abrir los ojos de par en par al ver en el piso el mismo diminuto montículo de partículas de madera, que anteriormente removió sin hallar nada.

Esta vez el hombre se entregó a la terca tarea de solucionar el enigma, acercó los ojos al piso hasta casi tocarlo con la nariz, tan cerca que pudo percibir su propio aliento a alcohol rebotando contra la madera. Sopló el polvo, alisó el piso con la palma de la mano, y al fin pudo descubrir un minúsculo agujero, por donde alguien sacaba esas partículas de madera. Introdujo una larga y delgada pajilla en la estrecha entrada para investigar la profundidad del daño y, al no poder tocar fondo, dijo para sus adentros: «Quién seas, hijo de tu madre, te jodiste. ¡Ve a tirar tu basura a otro vecino!», y rompiendo la pajilla a ras del piso, taponó la entrada con una fugaz mueca de rabia en el rostro. Se sacudió las manos, se puso de pie y bajó triunfante las escaleras, con su resaca a cuestas en busca del refresco.

No recordaba nada de la noche anterior, no sabía quién era la mujer en su cama y tampoco tenía idea de quién era.

La batalla con ella debió ser grande porque toda la habitación estaba revuelta. Preparó dos refrescos y subió para despertar a la desconocida, debía echarla de casa y no volver a verla. Era un riesgo para su seguridad y se sentía estúpido por su descuido.

Pasaron los días, una obsesión malsana lo mantuvo pendiente del taponado agujerito. Cada vez que subía o bajaba las escaleras, daba un fugaz vistazo en busca del montoncito, pero el piso lucía limpio y brillante, y se sentía satisfecho por haberse deshecho del problema. El tapón en el agujero había sido una brillante idea.

Sentía una furia sorda carcomiéndole el alma. Su querido amigo había muerto en el consultorio donde lo cuidaban de sus heridas, tuvieron que enterrarlo a escondidas en un bosque lejos de la ciudad. Parecía que el cerco policial se iba estrechando y estaba considerando en huir al extranjero antes de que lo atrapasen.

La furia iba creciendo como la espuma por todos los problemas y el dolor de su amigo muerto, cuando, como por encanto, el porfiado montoncito volvió a aparecer, como una diminuta colina de basura en medio del brillante desierto de la madera pulida y como una burla a la pajilla taponando el agujero.

La furia lo invadió a raudales. El hombre, sigiloso, se acercó a observar de rodillas con las pestañas barriendo el piso. Solo así pudo ver al pequeño culpable, el minúsculo animalito volvía a casa, probablemente a continuar sacando su basura.

No pudo contener la rabia al sentirse desafiado y derrotado por este insignificante enemigo, y decidió darle un gran susto, antes de acabar con él.

Estiró la mano y le plantó dos dedos, el medio y el índice, con las uñas contra el piso, como si fueran las piernas abiertas y desafiantes de un gigante colosal.

El animalito se frenó en seco ante tal cataclismo, se paralizó por un instante y luego arrancó veloz tratando de bordear el obstáculo. Los dedos se movieron de lado, cortándole el paso y causándole pánico.

Con ese alarde de poder, el hombre se sintió un dios, que era el dueño de la vida y el destino del bichito. Podría acabar con él cuando quisiera, pero decidió seguir el juego macabro de asustarlo, obligándolo a correr de un lado a otro, haciéndolo girar aterrado, buscando desesperadamente una salida.

Los dedos, con las uñas contra el piso, se movían acorralando al ya exhausto animalito y su sensación de todopoderoso creció sin control. El enorme ego que había adquirido el hombre, con esta acción dominante, ya no le cabía en el cuerpo y parecía llenar todo el ambiente de un silbido áspero, como las cuerdas de un violín diabólico.

Alrededor del hombre flotaba un aura de divinidad malévolas, cuando decidió poner fin al juego y ejecutar al infeliz bicho. Esbozando una sonrisa insana, levantó uno de los dedos, cual pierna gigantesca, con la intención de aplastarlo sin piedad. En el preciso instante en que el dedo bajaba raudo y violento sobre el indefenso animalito, oyó una voz tronando en su interior, pero que pareció resonar en todos lados, llamándolo por su nombre.

Sintió un sacudón que lo obligó a levantar la vista y sus ojos chocaron con la poderosa mirada del Cristo colgado en la pared, que extrañamente había tomado dimensiones distintas, como si estuviera a punto de salirse del cuadro para pintar todo con su santa sangre.

El hombre retiró la mano del piso como si allí hubiera fuego vivo, y solo atinó a balbucear una pregunta, petrificado, de rodillas y con el rostro bañado en lágrimas:

—¿En verdad estás hablándome, Señor? No lo merezco, te busqué toda mi vida y no te pude encontrar, la fe se fue de mí y enfrió mi corazón. Gracias, Señor, por entibiar mi alma. Perdóname por lo que estaba haciendo, te lo ruego... no soy digno de ti...

La niebla oscura se disipó de golpe, el Cristo volvió a su cuadro, todo se iluminó con una luz serena. Entonces, el hombre sintió el verdadero arrepentimiento y se llenó de paz, un tibio manto de amor lo cubrió por completo. Mirando al suelo, le dijo al bichito, que inmóvil y atento había observado cada detalle:

—Perdóname, amigo, no sabía lo que estaba haciendo, perdóname... desde hoy seremos buenos vecinos.

La termita pareció entender y aceptar las disculpas, movió sus antenas como saludando, y luego se metió por el agujero en el piso, desapareciendo en su madriguera.

El hombre volvió la vista al Cristo, que había recobrado su apariencia cotidiana y lo miraba expectante. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano e hizo una cruz sobre su frente. Luego se marchó con una sonrisa en el corazón, directo a la estación de Policía, mientras el Cristo sonreía también.

La vaca empachada *por Carlos Michuy Peña*

Se retorció sobre el piso, un profundo dolor la invadía interiormente, se quejaba mucho.

El atardecer del día la envolvía como si estuviera atrapada sobre una telaraña. Trataba de tranquilizarse, se echaba y, al hacerlo, sentía hincos como si estuviera recibiendo una estocada final de una espada en una corrida de toros.

Era profundo su sufrimiento, como el ardor que sienten cuando reciben una marca caliente sobre su piel o como quien recibe un *piercing* sin anestesia en alguna parte del cuerpo. Trataba de darse ánimos, pero no podía. Parecía estar perdiendo la batalla final.

Eso le pasaba a una vaca que vivía en un sector agrícola de la selva. Ella se distinguía de las demás, tenía otra apariencia, era única en todo ese territorio. Esta vaca estaba muy gordita; más que eso, diríamos, era gordotota. No podía desplazarse con facilidad. Por momentos apretaba su inmensa dentadura. Llevaba aproximadamente siete días sin poder ir al baño para hacer popó; estaba empachada, no podía hacer sus necesidades.

La culpa parecía ser de la propia vaca, comía demasiado rápido y no trituraba bien sus alimentos. Todo lo pasaba de

frente. Tenía mucha ansiedad, se movía constantemente durante el consumo de hierbas, plantas y pastos. Además, no tomaba agua. Ella siempre decía: «Así nomás, quién se ha muerto de agua».

Se quejaba permanentemente de que las aguas que traían los ríos no era agua limpia y que estaba contaminada de suciedad. Así es que decidió no tomar ningún tipo de líquido por el temor de que le pudiera hacer daño.

La vaca se echaba, se paraba, se movía en diferentes direcciones tratando de «que le gane» y haga su ¡puf!

En cada roce con el suelo se lastimaba la parte trasera de su cuerpo, a tal punto que le salió una herida que poco a poco fue creciendo. Ella seguía retorciéndose del dolor de tripa que era incontrolable y le empezaron a salir unos sonidos raros desde su interior.

La vaca trataba de evitar y controlar que estos sonidos molestos salieran al exterior, ya que al ser escuchados por los demás animales que habitaban la fauna selvática, seguro que se burlarían de ella y notarían su alejamiento y desprecio total. De hecho que la estarían discriminando y eso sería fatal para la vaquita. Lo peor de todo, estando a su lado, sentirían sus malos olores y eso espantaría a cualquiera del lugar, pudiendo ser terrible y lamentable.

No quería por nada, si pasara eso, que se extendieran los malos comentarios o las noticias desagradables por toda la frondosa zona tropical del bosque. Eso la tenía preocupada.

Muchos animalitos que pasaban por el lugar la veían con lástima porque la vaquita paraba más en el suelo, recostada sobre el pasto y con la mirada perdida. Muchos pensaban que era floja, dormilona o esperaba a alguien. Pero lo que nadie sabía era que estaba empachada. Sí, así como lo escuchas,

estaba estreñida. Su panza se hacía cada vez más grande. Creía cada vez más y más, hasta que no pudo contenerse más y...

—¡Prrruiff! Prrrrrrrrrrrrrrrrrrrr... —soltó unos gases terribles.

Eran tan fuertes que no paraba de sonar. Lo que tenía guardado por días, lo expulsó sin temor, sin guardarse nada.

Era lo que se escuchaba. Los sonidos se hicieron eco, se estaba tirando unos pedos, pero... ¡qué ventosidad más estridente, que para que te cuento! Se avergonzó hasta el alma. Pensó que nadie había escuchado nada. Claro, como era un área extensa, empezó a ver a los costados y no encontró a nadie conocido. Se tranquilizó un poco y dijo en voz baja:

—Menos mal que nadie me escuchó. ¡Qué alivio! ¡Ufff!

Bueno, eso fue lo que pensó. Entonces, trató de hacer su mayor esfuerzo y avanzar más, pero vio a un lado del camino que había muchos insectos tirados en el piso y se dijo:

—¡Guau... qué flojos son estos insectos! No trabajan y ya están cansados.

Siguió desplazándose lentamente y se dio con la sorpresa de que algunos reptiles estaban tirados en el piso. Entre ellos estaba la iguana, la lagartija y la salamandra. Extrañada, expresó:

—La verdad, se me hace difícil creer que estos animalitos estén durmiendo si es más de las doce del día.

Al rato, se percató de que una tortuga avanzaba. Pero lo hacía más despacio de lo camina habitualmente. Al estar muy cerca de la tortuga, se detuvo.

—Señora tortuga, ¿le pasa algo?

Y la tortuga, en un abrir y cerrar de ojos, escondió su cabecita y ocultó sus patitas para no salir más. La vaquita siguió su recorrido.

Conforme fue avanzando por el camino, iba viendo otros animalitos más que estaban reposando en el suelo. La vaquita añadió:

—Lo sabía, esto les pasa porque seguro que se han quedado despiertos hasta muy tarde comiendo así como lo hago yo... o chismeando de todo lo que pasa por aquí. Ahora descansan plácidamente. ¡Qué dormilones que son!

En realidad, pueda que tenga razón o quizá no. Lo cierto es que ni ella se daba cuenta de por qué eso estaba ocurriendo.

De pronto, un sajino y su cría que pasaban por ahí sintieron un olor desagradable. Eran como gases venenosos y no sabían de dónde salía, y al ver a la vaquita preocupada en pleno camino trataron de acercarse un poco más... y otro poquito más... y después se detuvieron... hasta que le dijeron:

—¡Qué barbaridad!

—No te pases amiga, tú sí que estás mal... ¡Te pasaste de la raya! —le increparon con energía.

Al rato, trataron darle un consejito, pero al acercarse un poco más, sintieron que el olor era insoportable, nauseabundo, así es que le hablaron de lejitos:

—¡Apestosa! ¡Asquerosa! ¡Báñate!

Después de haberla insultado, se retiraron del sitio. Luego aparecieron dos monos que habían visto la escena. Se aproximaron y le dijeron:

—¡No te preocupes! Esto le puede pasar a cualquiera.

—Sí, nosotros te vamos a apoyar —treparon por las ramas y se fueron.

—¡Oigan, amiguitos! ¿Qué? ¿No me iban a dar una ayudita? —gritó la vaquita.

La vaquilla se sentía culpable y responsable. Recién se daba cuenta de los desarreglos y de la indigestión que estaba

padeciendo. De tanto sentirse así, se recostó sobre el tronco de un árbol, y le cayeron unas caquitas pequeñas de un loro, que tenían forma de líquido, a lo que la vaca preguntó:

—Oye, amiguito, ¿qué haces para tener unas caquitas tan chiquititas?

Un ave de colores y de pico largo le respondió:

—Lo que sucede es que nosotros comemos poquito.

—¡Ah, ya! —respondió la vaca.

—¿Por qué nos preguntas? —le dijo otro lorito.

—Lo que sucede es que hace muchos días que no puedo hacer nada de nada.

—Ja, ja, ja —se rieron las aves multicolores que se encontraban sobre las ramas del árbol.

—¿Cómo que nada de nada? Explícanos.

—Sí, no puedo hacer mi popó —respondió la vaquita.

—¡Ah, eso te pasa por comer mucho! Si comes y comes sin parar, y te alimentas demasiado hasta no caminar, ¿cómo no vas a estar así? Encima te echas y «te tiras como una vaca» —le llamó la atención otra avecilla de un cantar melodioso.

—Eso quiere decir que si como poco, haré poco... y si como mucho, haré demasiado —respondió este animal mamífero rumiante.

—¡Claro, pues, amiga! Nosotros te vamos a ayudar. Anda al río que está al costado. El agua está calentita, sumérgete a la altura de tu cabeza, quédate allí un buen tiempo, vas a ver como al rato te van a dar unas ganas de botar todo lo que tienes ahí dentro por varios días —le aconsejó un guacamayo que estaba sentado sobre las ramas del árbol.

Cuando estuvo a punto de ingresar, recibió desde uno de los árboles una pequeña botella con un poco de agua oscura. Al rato se escuchó:

—¡Tómala ahora! Eso te hará bien —parecía ser un tónico o macerado especial con yerbas medicinales.

Y así fue. Se lo tomó e ingresó en el agua del río que estaba hirviendo. Pero igual se metió ahí por espacio de tres horas, luego pasaron cuatro, cinco y... ¡Uau! Llegó el momento en que empezó a sonar el estómago de la vaca hasta que soltó un gas dentro del agua por lo que salieron muchas burbujitas que se elevaron hasta la superficie del río. Todos los pececitos que estaban por ese lugar nadando y paseando, al ver la lluvia de globitos, se alejaron tan rápido como pudieron para no sentir esos insoportables olores. Era como un huracán dentro del agua y se fueron muy lejos del lugar.

Mientras tanto la vaca seguía esperando, hasta que llegó a oídos de unas pirañas que habitaban el río Amazonas. Estos peces carnívoros de agua dulce que viven en los ríos sintieron la presencia de sangre en el agua (ya que tienen un agudo sentido del olfato), y de inmediato no dudaron en acercarse rápidamente ante esta apetitosa carne, disponible y lista para devorarla.

—¡Muchachos, hay buenas noticias! —dijo el líder del grupo de pirañas.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Qué es lo que sucede? ¿Qué es lo que ocurre? —dijeron todas las pirañas alarmadas.

—En el río de allá —señalando la zona— hay algo inmenso. Tenemos comida para todos.

—¡Siiiií!, tenemos alimento para toda la semana.

—¡Vamos todos! ¡A la carga! ¡Al ataque! ¡No esperemos más!

Las pirañas se habían enterado de que una enorme vaca estaba reposando sobre el río y que era la presa más enorme que nunca habían visto en sus vidas. Y así fue, se comunicaron

con otro cardumen de su especie de los diferentes ríos más cercanos, para que fueran de inmediato.

La noticia se hizo extensiva, llegaron cientos, qué cientos, miles de pirañas. Prácticamente el río estaba repleto de pirañas. No cabía ninguna más. Otros peces más se acercaron de pura curiosidad para ver de quién se trataba.

Ya cuando estaban cerca de la vaca, ella sintió que su estómago le daba «vueltas y vueltas», le empezó a dar fuertes dolores de cabeza, pues «ya se le venía». Trató de pujar y pujar. Era el momento de eliminar todo lo que tenía depositado por varios días. Trató de presionar fuerte y de pronto...

Pliiick.

Le salió un poquito. Así es, solo un poquito.

—¡Qué alivio! ¡Qué tranquilidad! —manifestó la vaca.

Pero nada de eso. Tan solo salieron unos trocitos de caquita.

Mientras tanto, las pirañas se iban acercando cada vez más y más. Ellas creían que eran trocitos de carne y a la primera impresión fueron velozmente tras estos pedacitos de hez. Todas peleaban por coger su porción y así los devoraron sin esperar nada. Al rato, sintieron algo raro en su paladar, percibieron un gran disgusto y fastidio, y muchas de ellas empezaron a vomitar.

—¡Aaaj! ¡Qué asco!

—¡Qué horrible!

—¡Esto apesta!

—¡Qué sabor tan repugnante!

Era una asquerosidad muy nauseabunda. Ante tanta pestilencia de olores fétidos y malolientes, las pirañas se detuvieron y entraron en confusión, parecían estar mareadas y desorientadas. Estaban sorprendidas por lo sucedido.

La vaca, al percatarse de estos peces carnívoros que iban tras ella, muy angustiada trató de salir lo antes posible del río, y cuando las pirañas detectaron su huida, nadaron apresuradamente hacia su trasero, para dar el primer y gran mordiscón. La vaca, por una gran impresión y susto, eliminó todo su «volcán» en el aire, justo cuando las pirañas se lanzaban en pleno vuelo para coger su pompis.

Fue increíble ver cómo de miedo lanzó todo su cargamento, es decir, lo que tenía almacenado por varios días en su panza hacia estos peces depredadores, envolviendo y cubriendo sus cuerpos de una sustancia oscura. Mató a todas las pirañas en el acto.

¡Qué susto que tuvo la vaca!

La vaca estaba más aliviada y sintió una calma profunda. Inmediatamente fue a buscar a los pájaros de la selva para agradecerles por lo que habían hecho por ella. También quedó pensativa sobre quién pudo haberle lanzado una botellita con la fórmula preparada que fue muy efectiva.

La vaquita reconoció que se había equivocado desde un principio, que debió tomar agua que tanta falta le hizo desde un principio y expresó:

—Quien come mucho, hasta no parar, puede afectar su salud y no defecar.

Estiró su piernita trasera y...

¡Prss!

Se acabó esta historia con una receta casera.

El hombre tuerto *por Elizabeth Monopoli*

El hombre tuerto de aquel ojo derecho perdido en la Segunda Guerra Mundial se quedaba viendo fijamente a cada persona que transitaba por las inmediaciones de la parroquia de Saint Mary con exagerada precisión.

Era imposible que pasara inadvertido por sus casi dos metros de estatura y por aquella extraña manera de observar a los demás.

Si una persona captaba de una manera especial su atención, caminaba detrás de ella, y lo hacía con unas pisadas tan marcadas que era fácil para cualquiera darse cuenta de que lo seguían. Cuando este se detenía para preguntar el porqué de aquella extraña actitud, la mirada de aquel ojo izquierdo de Charles Burton —el cual era de un color negro tan intenso como una noche sin estrellas— aterraba a tal punto que no se podía articular palabra y más bien se huía lo más pronto posible de esa visión que producía miedo. Tras aquello, regresaba a su lugar acostumbrado.

A *mister* Burton se le veía por aquella calle desde las siete de la mañana —luego de la misa de seis a la que asistía sin faltar un solo día— hasta aproximadamente las siete de la noche, hora en que, religiosamente, iba a la panadería de

mister John por sus veinte centavos de pan. Muy cerca de allí, se encontraba en un edificio semiabandonado su habitación, y en la entrada, al pie de la puerta, lo esperaba cada noche una botella de leche y el periódico del día. Al entrar, se santiaguaba frente a una cruz que colgaba en la pared, la cual tenía crucificado un Cristo muy particular: a la imagen le faltaba el ojo derecho. Lo quedaba observando por unos segundos, algunas veces con la mirada de un niño pequeño, otras con profundo odio.

Se sentaba en aquella vieja silla que se tambaleaba por no tener las cuatro patas emparejadas. Tomaba la leche directamente de la botella y el pan lo comía de una manera ruda. Leía el periódico como quien buscaba alguna noticia en particular y al cerrarlo su rostro mostraba frustración. Luego se recostaba en su viejo catre y se quedaba dormido. Se despertaba aproximadamente a las cinco de la mañana del día siguiente.

Un día, el hombre tuerto siguió a un muchacho de unos veinte años. Este, al voltear para preguntarle por qué lo seguía, no se asustó como los demás y le dijo:

—¿Por qué me sigue usted?

Solo contestó el silencio.

—¿Además de tuerto, mudo? —dijo groseramente.

—Eres un insolente, jovencito. Si yo fuese tu padre, te enseñaría lo que es el respeto —contestó *mister* Burton.

—¿No me diga que me daría una paliza? —aquel muchacho frunció las cejas— Yo ya no soy un niño y me sé defender. Dígame, ¿por qué me siguió?

Charles Burton no respondió. Dio media vuelta y a paso pausado se fue caminando. Esta vez se invirtieron los roles: aquel joven fue detrás de él como el hombre tuerto lo había

hecho minutos antes. Al detenerse en la esquina de la parroquia, el chico avanzó un par de pasos más y se puso delante de él. Mirándolo fijamente, le preguntó de nuevo:

—¿Por qué me estuvo siguiendo?

—No lo sé.

—¿Cómo no lo va a saber?

—Ya te dije, no lo sé.

El hombre tuerto observó que estaba anocheciendo, sacó del bolsillo de su chaleco el viejo reloj de oro heredado de su padre y este de su abuelo. Ya estaban por dar las siete de la noche, entonces empezó a caminar rumbo a la panadería y de ahí a su habitación, sin darse cuenta de que era seguido nuevamente por aquel joven. Cuando abrió la puerta, el chico colocó su pie para que esta no se cerrase y entró también.

—Tienes agallas, muchacho. No te das por vencido —dijo *mister* Burton, mientras tomaba unos sorbos de leche directamente de la botella y comía el pan de la manera tan peculiar que tenía—. Siéntate, muchacho, siéntate. Dime, ¿cómo te llamas?

—Me llamo Alexander, Alexander John —respondió, mientras se sentaba en una de aquellas viejas sillas—. ¿Cómo se llama usted?

—General del ejército británico, en la Segunda Guerra Mundial, Charles Burton.

—Entonces, ¿perdió el ojo en la guerra? —el hombre tuerto miró en silencio fijamente al Cristo colgado en la pared.

—Cuando Alemania empezó a bombardear Londres, yo empecé a llevar a todas las personas que encontraba con vida a una parroquia que estaba cerca para que se refugiaran. De un momento a otro el templo también estaba en escombros. Después de aquella explosión, solo recuerdo un instante,

cuando tomé entre mis manos esa cruz y perdí el sentido. Luego que me dieran de alta en el hospital, regrese para buscarla. Me sorprendí al verlo igual a mí, tuerto del ojo derecho.

—¿Puede contestarme mi pregunta? ¿Por qué me siguió?

—Antes no supe qué contestarte, pero ahora que he recordado cada detalle, y he vuelto a revivir dentro de mí todo aquello que me sucedió, podría decirte que yo siento aún la obligación de cuidar de los demás y protegerlos, llevándolos a algún refugio.

—Es lo más probable, general Burton. Si le parece bien, me gustaría venir a visitarlo otro día.

—Por supuesto que sí, joven John.

Se estrecharon amistosamente las manos, y Alexander John caminó hasta la puerta y despidiéndose salió.

Mister Burton se sentó en su vieja silla y cuando estuvo a punto de tomar un sorbo de leche de la botella, se contuvo y se quedó por unos segundos pensativo, mirando aquella cruz en la pared. Se levantó y caminó hasta la vitrina, sacó un vaso, sirvió ahí un poco de leche, y en lugar de sentarse nuevamente, caminó hasta la ventana y se puso a contemplar aquella noche estrellada. *Mister* Burton sonrió.

Con el pasar de los días, todo era muy diferente en las inmediaciones de la parroquia de Saint Mary. Luego de la misa de seis de la mañana, se le podía ver al hombre tuerto conversando con las personas que por ahí transitaban, ya no le tenían temor, lo miraban con respeto.

Un Año Nuevo en el manicomio
por Juan Mujica

«El mundo no está precisamente loco, pero sí demasiado decente».

Martín Adán

—¡Jueliz Año Ñuepo! ¡Jueliz Año Ñuepo! —coreaba cada quien a su manera, pero todos con un frenesí que ninguno del personal médico sospechaba, cuando los habían dejado en sus cuartos.

Teniendo de fondo los fuegos artificiales del planeta, los más peligrosos hacían su propia celebración. Unos gritaban y otros festejaban como podían, puesto que los doctores habían determinado que, aquel fin de año, los pacientes orates, sobre todo los más rebeldes, se quedarán internados para que no sucediera lo mismo que el año anterior. No obstante, como en todo grupo de individuos, había gruperos con líderes que podían ser los más fuertes y violentos, pero en este caso sería el más peligroso, de aquellos que asesinan sin sentir ni una pisca de culpa.

—¡Vamo a sacarle la mierda! ¡Vamo, vamo! —gritaba uno de los líderes, a quien llamaban el Dinosaurio, y que, al igual que sus enemigos, estaba listo para una batalla de locura.

—¡Van a ve, que aholita le sacamo la miela! —replicaba el líder contrario, a quien llamaban el Buda.

El primero, según «la historia» que se contaba en el hospital, antes de volverse loco había sido un afilador de cuchillos, y el segundo, aunque parezca mentira, había sido un danzante de tijeras.

Mientras doctores y enfermeras de uno u otro sexo celebraban con sus familias, en aquella jaula del desenfreno se desataba una terrible marimorena. Los locos del Dinosaurio y los del Buda se propinaban golpes y objetos contundentes volaban de un lado a otro. No faltaba mucho para que se derramase la sangre.

—¡Atención, atención! ¡Pacientes del manicomio, deténganse y nadie saldrá lastimado! Repito, ¡deténganse y nadie saldrá lastimado! —altavoceaba uno de los integrantes de la Policía, que había sido avisada por un grupo de vecinos, quienes al oír la gran gresca, no dudaron en dar cuenta del hecho para que volviera la paz.

La guerra entre orates continuaba y hasta parecía que estos ignoraban las advertencias de las autoridades. Por lo cual, como es costumbre, se lanzaron gases lacrimógenos, iniciándose un coro de toses y lágrimas que se precipitaban a tierra. La situación aparentaba estar controlada, pero que no hacía más que tomar más fuerza y enardecer a los locos que quedaban, quienes se habían colocado mascarillas, imitando así a doctores y enfermeros, costumbre que siempre les llamó la atención.

—¡El tiempo ha concluido! ¡Escucharon bien, el tiempo ha concluido! —volvió a barritar aquella autoridad, e inmediatamente dio la orden de ingresar violentamente en aquel manicomio, que más bien parecía un pandemonio.

—¡Cof, cof, cof! ¡Cof, cof, cof! —se oía entre los que habían quedado en pie, pero que poco después estaban tirados en el piso y a punto de perder el conocimiento o la vida.

Aquella noche de Año Nuevo quedaron muchos muertos regados por todo el manicomio. Sangre y lágrimas parecían saciar la sed de aquel rincón de infierno. Sin embargo, fue tan ingente el daño y las muertes, que no se tuvo mejor idea que permutar aquel centro médico mental en un panteón. Desde entonces se le llamó El Cementerio de los Locos Rebeldes. Aunque ya pasaron veinte años, hay mucha gente que asegura que cada Año Nuevo los que fueron aquellos orates se levantan llenos de tierra, con sus andrajosos trajes, para celebrar como en antaño. Hay quienes aseguran que el Dinosaurio y el Buda chocan sus copas e incluso fuman marihuana. Esta historia, según la cuentan, tal vez no sea cierta, pero parece que quien la escribió sí que dio una buena pitada de *Cannabis sativa*.

Malabarismos *por Eugenio Oliveira*

Cuando vi su rostro desencajado, y ese brillo rojizo en sus ojos, malignos, mientras se acercaba a mi madre, supe que esta vez sí la mataría.

«¿Te vas a quedar sin mamá a tus trece años?», me preguntaba a mí mismo, tratando de hacerme reaccionar, de encontrar valor para enfrentarlo.

En escasos segundos, vi la sombría habitación en la que nos encontrábamos los tres, las inexpresivas paredes de adobe y el resto de objetos a nuestro alrededor, todos ellos, envueltos en una deprimente aura que graficaba, sin contemplaciones, nuestra pobreza.

Era consciente de que esa violencia irracional de mi padre tenía sus orígenes en su propia frustración, en esos inacabables años de fracasos.

Decidí enfrentarlo.

Me puse delante de él, como un escudo humano, sin poder controlar el movimiento de mis piernas, trémulas ambas, pero demostrando firmeza en mis palabras.

—¡No la toques! —exclamé, sorprendido de mi propia voz, la cual traspasaba, sin dificultad, las debilitadas estructuras que rodeaban nuestro humilde hogar.

—¡Muévete, carajo! —gritó él— Esto es entre tu madre y yo.

—¡No! —aseguré enérgico— Si quieres tocarla, tendrás que matarme antes.

El tono rojizo de sus ojos se acentuó aun más, en una expresión diabólica e irreal.

Se acercó hacia mí, agresivo, pero después retrocedió. Se debilitaba su ímpetu, aunque yo sabía que la acumulación de impotencia lo haría explotar. Era cuestión de tiempo.

Contaminó el aire con un grito descontrolado, dio un par de saltos hacia la cocina, tomó un objeto irreconocible que había al lado de la refrigeradora y lo lanzó con violencia hacia la pared. Después, cogió una cesta llena de manzanas y dirigió su intensa mirada hacia mi madre, su nuevo objetivo.

Y fue en ese momento que ocurrió. El momento que cambió nuestras vidas.

Las manzanas volaron, desde la cocina y a través de la sala, con rumbo directo hacia mi madre, cargadas de una crueldad inimaginable.

Cuando yo esperaba lo peor, el inevitable impacto en alguna parte de su cuerpo, ella levantó su mano derecha y con una hábil maniobra corporal recibió el proyectil, adormeciéndolo en la palma de su mano.

Las dos siguientes, recorriendo el mismo rumbo aéreo, tuvieron un destino similar, ante la sorpresa de mi padre, que se acercó a ella ya sin señales de su delirio, a constatar cómo las tres frutas descansaban en las manos de mi madre.

—¡Mierda, mujer! ¿Cómo hiciste eso? —preguntó.

Yo me mantenía en silencio, expectante.

Ella, como para incrementar de forma inconsciente lo surrealista de la situación, comenzó a pasar las manzanas de una

mano a otra, con una cadencia rítmica perfecta, regalando una mirada desafiante hacia mi padre.

—¿Dónde aprendiste eso, mujer?! —repetía él, sin descanso, dirigiendo su mirada hacia el techo, en busca de explicaciones.

Siguió con su monólogo.

—¡Tenemos un diamante en bruto, carajo! Pero ¿cómo diablos podemos sacarle provecho? —preguntó, mientras me dirigía la mirada.

Amparado por la inocencia de mis escasos trece años, intervine.

—¿Malabarismo?

—¡Exacto! Eso es. ¡Esto es una mina de oro! —añadió, excitado.

A partir de ese momento, todo cambió. Mi madre, al parecer, tenía una habilidad innata, y, después de algunas semanas en las cuáles mi padre se autoproclamó su entrenador, ella llegó a dominar el arte del malabarismo con cuatro, cinco, seis y hasta siete pelotas, sin mayores dificultades.

Sabíamos, mi padre y yo, que cuando algunos de los sentidos se pierden, otros se intensifican, sin embargo, esto escapaba a toda lógica.

Recorrimos toda la capital, diversas provincias e incluso realizamos algunos viajes a países latinoamericanos como parte del espectáculo de los circos más importantes de la región.

¡Tendrían que haberla visto! Cuando aparecía en escena y sus ágiles manos empezaban a desafiar la gravedad, el público enmudecía, como una forma de cargar energías para los interminables aplausos. Las siete pelotas en el aire, desplazándose de una mano a otra con un compás perfecto, representaban una imagen mágica, armónica, al menos para

mí, que la observaba sin perder ningún detalle, desbordante de orgullo.

Mi madre era una de las principales atracciones de todos los eventos circenses y las giras se volvieron constantes. Eso nos permitió, al poco tiempo, abandonar la pobreza. Mis padres compraron un departamento en una zona de clase media en el centro de la ciudad y dejamos la casita de adobe ubicada en la periferia.

Cualquier síntoma de la violencia que caracterizaba a mi padre había desaparecido. El éxito económico era su mejor terapia y vivíamos inmersos en un ambiente de cordialidad familiar.

Fue en una noche de verano, sin embargo, que todo volvió a cambiar. En uno de los espectáculos, mi madre dejó caer una de las pelotas. El público enmudeció.

Un asistente del circo la ayudó a recogerla. Cuando lo intentó nuevamente, fracasó también, dejando caer la totalidad de pelotas, las cuales quedaron esparcidas a su alrededor, mientras el dolor alcanzaba todas las articulaciones de sus manos.

—¡Mierda! —exclamó mi padre, desde la tribuna, antes de levantarse de su butaca.

—¿Adónde vas? —pregunté, nervioso, mientras veía a mi madre, a lo lejos, y notaba la rigidez en sus manos.

—A comprar pelotas más grandes —dijo.

—Viejo, ¿no crees que ya es suficiente? —le pregunté— Ya tiene setenta y cinco años.

—Precisamente, pienso que le podría estar fallando la vista —dijo mi padre, quien mostraba nuevamente, después de cuarenta y cinco años, ese rostro desencajado, y ese brillo rojizo en sus ojos, malignos, que amenazaban con repetir una historia que había dejado inconclusa.

El incendio *por Rodolfo Sachun*

Anoche la estaba extrañando tanto y pensando en el lugar de nuestra primera cita.

Ella, la mujer perfecta para mí, de quien espero un amor ardiente para siempre: soñando, sonriendo, sintiendo, ambos siendo solo uno. Como adivinando mis pensamientos, me llamó por teléfono, diciendo que me esperaría en el bar El Incendio, tomando un café hirviendo. Llegando al bar, pude ver llamas y una densa humareda proviniendo del lugar acordado. En seguida corrí desesperado, cargando el primer extintor que encontré a la mano. Pero ya era tarde, nadie podía sobrevivir a semejante incendio. Quién lo diría, el nombre del bar terminó siendo premonitorio. Regresando a casa, vi a los bomberos llegando al lugar que aún continuaba ardiendo. ¿Para qué van?, iba pensando, que se queme todo el distrito: ya he perdido a mi amada. Al día siguiente, leyendo los titulares de los diarios en una esquina, me enteré de que el incendio seguía creciendo, aumentando su tamaño y que los bomberos no podían contenerlo. Lo que dije en broma también se iba haciendo realidad. ¿Acaso se quemaría todo? Desviando la mirada al periódico del costado, vi la foto de mi amada en un enorme titular: MUJER EN INCENDIO SIGUE ARDIENDO Y VA

CAMINANDO POR LAS CALLES SIN QUE LAS LLAMAS DE SU CUERPO PUEдан SER APAGADAS. Sin pensarlo, regresé al lugar de los hechos, y efectivamente, mi amada se continuaba quemando, ardiendo como una llama eterna. Al verme, vino corriendo a abrazarme. Ahora no sé cuál será el titular de mañana en los periódicos.

¡Doddy, espera!
por Yessica Salazar

Doddy era el borrego más pequeño del rebaño de un joven pastor, que había recibido la herencia de su abuelo en ganado.

Al principio eran noventaiocho ovejas adultas y una preñada las que recibió Foncho.

Cuando nació el corderito, Foncho le puso por nombre Doddy, al igual que el peluche que le había regalo su madre cuando era niño. Foncho le tenía mucho cariño a Doddy porque era el primer borrego nacido en su rebaño.

Doddy, al ser el más joven del hato, andaba saltando y corriendo, lleno de curiosidad por descubrir todo un mundo frente a sus pies.

Sabía que siempre su amo estaría ahí para velar por su cuidado y lo libraría del peligro. Bueno, eso era lo que le decía su madre.

Al despertar una linda mañana, Doddy observó, a la luz del alba, que el rebaño seguía en profundo sueño, y decidió mirar sin restricciones el nuevo pasto de Lambayeque.

Empezó a caminar por la cerca, y descubrió un agujero por el que sacó la cabeza para dar un vistazo, quedando cautivado por el paisaje que estaba al otro lado de la valla.

Había aves volando de árbol en árbol, cantando en coro. También a una familia de patos que se dirigía alegre tal vez al río.

Todo le parecía hermoso, en quietud y sin peligro.

—¿Por qué esperar a mi amo para pastar aquí y conocer el río al que se dirigen los patos? ¿Y si me adelanto y cuando despierte el hato le cuento las novedades? —se preguntaba— ¿Y si investigo...? Estaré aligerando el trabajo a mi amo Foncho —se respondió lleno de ansiedad e ilusión.

Luego alzó la mirada y vio bellas mariposas volando por el aire, parecían danzar al son del canto de las aves.

Tras ello, Doddy saltó y corrió dando un fuerte balido, pensando que habría despertado al rebaño, y volvió a correr hasta cansarse y acostarse bajo la sombra de un gran árbol.

Cansado de tanta acción, cerró los ojos y durmió. Luego sintió que alguien lo olía, y con los ojos aún cerrados, pensó que era su mamá que lo despertaba.

—Mamá, un ratito más, estoy soñando... mamá... ¡auch! —gritó Doddy, y dio un brinco, al advertir que era un lobo hambriento quien lo había mordido.

El borrego empezó a dar de balidos y a correr sin dirección, buscado regresar al rebaño, pero estaba demasiado lejos para volver.

Corrió sin descanso y llegó cerca de la cascada de un río. Cuando se creyó a salvo, cayó a un foso.

—¿Cómo vendrá mi amo hasta aquí para ayudarme? —pensó.

Triste, con hambre y cansado, gritó y gritó como pidiendo auxilio. Pero solo consiguió que feroces animales se congregaran alrededor del agujero, esperando llegar a él para comérselo.

Resignado a morir, se acorrucoó sobre la arena, y recordó las bellas palabras que le decía su madre sobre Foncho, su amo.

«Ustedes, mis ovejitas, me tienen a mí y estoy dispuesto a dar mi vida por cuidarlas. Solo deben dejar que las cuide y lo haré. Porque saben hay un pastor mayor que yo que me ha dado este ejemplo y sé que siempre estará para mí, cuidándome, Jesús es mi Pastor. Y lo que yo les digo, lo aprendí de Él».

Tras ello, Doddy dijo: «Amo de mi amo Foncho, ¿me puede oír?, ¿podría ayudarme?, ya casi no tengo fuerzas y si salgo de aquí me esperan para comerme. Sé que hice mal al escaparme del rebaño y ahora estoy en problemas por mi culpa. ¡Por favor, ayúdeme!».

Después de un momento, escuchó truenos y relámpagos. Sintió grandes gotas de lluvia caer hasta a el foso donde estaba mezclado con hojas arrancadas de los árboles por el fuerte viento, al desatarse una tormenta. La hermosa mañana que lo despertó había quedado en el recuerdo.

Tembloroso, sucio y sin poder salir, volvió a balar una y otra vez, pero ahora lo hacía sin miedo a ser oído por los depredadores.

Sus balidos fueron oídos por su amo Foncho, quien también sucio y con frío había salido a buscarlo. Cuando vio su rostro, se sintió tan feliz que saltó con todas sus fuerzas hasta llegar a sus brazos.

Sin reproches, Foncho lo abrazó y besó, agradeciendo a Dios por cuidarlos a ambos.

Todavía garuaba cuando Foncho buscaba cómo volver al rebaño, cuando se encontró con el lobo que había herido a Doddy. Así que Foncho soltó a Doddy y peleó cuerpo a cuerpo con el depredador cerca de la cascada del río.

Foncho presionó fuertemente el cuello del lobo a fin de que no pueda respirar, pero sentía las patadas de este sobre

su pecho, por lo que resbaló sobre la tierra mojada de Lambayeque, mientras el lobo caía al fondo de la cascada del río.

Foncho estaba aún en el suelo, cuando Doddy, cojeando por el dolor, que en ese momento sentía en su patita por el mordisco del feroz lobo, lamió el rostro de su amoroso amo.

Finalmente, Foncho se puso de pie con Doddy en sus brazos, alumbrado por un cálido sol, que le permitía ver el lugar de regreso al rebaño. Doddy, abrazado a su amo, se sintió feliz, consolado y arrepentido por el daño ocasionado.

Punto
por Nancy Sánchez

Como un hoyo sin vida al final del jardín. Así se sentía mi cuerpo parado frente al suyo, en plena avenida Tacna, aun cuando pocos centímetros nos separaban.

No era la primera vez que nos pasaba. Esta incomodidad de estar juntos y tan cerca nos fue llevando al epílogo.

Y fue así que un mal día apareció esa sensación de ser aburrida para él, de darme cuenta de que sus ojos ya no brillaban al verme y de que sus manos guardadas en sus bolsillos dejaban de buscar ansiosamente las mías. Esta noche no había sido distinta, por el contrario, agudizaba su lejanía y nuestro fin.

Soplaba un aire frío y yo no tenía abrigo, como era mi costumbre. Los postes apenas alumbraban aquella calle que, a pesar del bullicio y de la hora, se me antojaba vacía. La gente iba y venía, riendo, gritando y caminando tambaleantes por el alcohol. Pero nadie se miraba a los ojos, nadie suplicaba porque el momento se detuviera en un beso y nadie nos miraba a nosotros.

Sabía que él ya no estaba y no entendía.

Un fuego interior incendiaba por completo las esperanzas de que me habían mentido hasta hoy. «Puedes apelar a su

cuerpo», dudaba. «Eso nunca falla. Toca su deseo, dile algo», me ordenaba. «No lo dejes ir», me amedrentaba. «Si no puedes hacerlo, eres un fracaso», me condicionaba. La desesperación que me causaba el perderlo hacía que mil voces se pelearan en mi interior.

Miré sus labios moverse.

—¿Qué te dije? —preguntó enojado, con su mirada fija sobre mí.

—No lo sé —le respondí, escudriñando unas piedras sin encontrarle significado.

—Bueno, es hora de irnos —increpó.

«Irnos», pensé. «No hables en plural. Tú y yo no somos más nosotros. Es más, nunca lo fuimos. ¿O acaso alguna vez...?». Mis ojos se humedecieron. Maldita sea. No, no ahora. Me contuve, mientras mi mente no paraba de buscar momentos donde habíamos sido nosotros: cuando reíamos en el malecón, cuando compartíamos un jugo y nuestros labios tocaban el mismo vaso, cuando miraba que él comía lo que yo dejaba en el plato y me sentía entre asqueada y aceptada. Cuando mis obsesiones ante algunos gestos que él tenía se caían por completo. Y cuando besó una herida escondida en mi piel, y cuando ambos besamos heridas metidas muy en lo profundo del alma. Nosotros.

Cerré los ojos. Pensé en el almuerzo de ese día: nauseabundo, como todo lo que provenía de ese restaurant al que iba cuando no tenía plata. «¡Qué asco, no iré más!», me dije y tiré mi cabeza para atrás. Estaba tan harta de ese lugar, como el que tenía al frente lo estaba de mí.

—Irnos, ah, sí. Irnos —le dije, por fin.

—¿Vas a tomar combi o taxi? —me dijo, exhalando un aire más frío que el de la noche.

Lo miré extrañada. ¿Quién era ese hombre al que había colocado tan alto y por qué me afectaba tanto su cuerpo allí cerca? Miré sus manos con dedos larguísimos, sus uñas bien cuidadas, su ropa sin un pelo de gato y lo sentí muy lejano a mí.

Cuando salía con un alcohólico, poco mayor que yo, caí en su mundo.

Quería llevar mi vida a un caos y envolverme en lo que parecía ser su destino. Así como él, yo tampoco quería bañarme, ni cambiarme de ropa. Perdí clientes, perdí dinero, perdí mi vida. Y no me importó. Mis oídos solo querían escuchar sus lamentos para ir presurosa a salvarlo, y mis ojos solo esperaban la llegada de un nuevo mensaje anunciado por la luz de mi anticuado celular.

Mi alegría más grande era escuchar el sonido de su voz cuando me decía: «He comprado más trago» porque eso significaba más tiempo juntos. Pero si por algo podía morir feliz era por su boca implorándome un «no te vayas». En aquel momento no sabía si yo era yo o si era él. Si cuando me quedaba a su lado, cuidándolo, era por él o por mí. Si cuando lo miraba dormirse, delante de todos, borracho, me avergonzaba o lo aceptaba en realidad. El amor me volvió un ser que yo no conocía.

Suspiré. Saqué de mi chaleco negro un pelo de mi gato blanco. Dicen que los gatos no dependen del cariño de los demás para hacer lo que quieren. Cuando tienen sueño, duermen. Cuando tienen hambre, comen. Exigen su alimento y si no se lo dan lo buscan en otro lado. Luego se largan a dormir, solos o acompañados, no importa. Otras veces se van de techo en techo viendo cómo transcurre la vida. El dueño desaparece. Nunca lo han necesitado.

Rodolfo, mi gato, solía mirar con desdén a mi perro cuando movía la cola al ver que yo regresaba. Daba tantas vueltas y saltaba encima de mí como si hubiesen pasado años y apenas habían sido cinco o diez minutos.

El amor, cuando está cargado de fantasía, no prospera. Nunca se encuentra alivio en el pensamiento.

Me gustaba el cariño de mi perro, pero me atraía más la quietud de Rodolfo. Esa quietud no era indiferencia, era presencia. Rodolfo era un sabio que disfrutaba cuando quería estar conmigo, se subía para ronronearme y yo le sobaba el lomo tiernamente. Cuando yo no estaba, es un hecho que no sufría porque ni siquiera contemplaba la posibilidad de que lo dejara. Sabía que lo amaba. Pienso que si las personas sufren, controlan, imponen, suplican, manipulan o amenazan, es porque no se sienten como Rodolfo conmigo.

Entonces, el amor se vuelve un fantasma que aparece y desaparece sin siquiera existir realmente.

—Te pido un taxi —me dijo, sacándome de mis recuerdos.

—No te preocupes —le respondí—. Puedes irte.

—No quiero dejarte sola aquí —me susurró con los ojos cansados. «Como si no pudiera estar más sola», pensé. Y sonreí sarcásticamente.

Sacó su celular y puso la dichosa aplicación.

Qué más da que vea que llego a casa si igual no le importa. ¿Y si esa noche llegara a caer en la casa de alguien más? Me mordí los labios. No, no lo haría, seguí pensando, no quiero quedarme y tampoco quiero irme. Solo deseaba que él se fuera conmigo a otro lugar, a un lugar con más vida, a un lugar con menos gente, donde se escuchen solo nuestras risas, donde el sol proyecte solo nuestras sombras gigantes, donde el tiempo valga la pena solo por los dos.

Pero él ya había llamado el taxi para que me llevara, aun sabiendo que quizás era la última vez que nos veríamos. El taxista era su salvador.

—Ya llegó —me dijo, llamándome por mi nombre: fin de la historia.

Le di un beso en la mejilla sin mirarlo y subí: fin de mi contención.

Cuando cerré la puerta del taxi, mi pecho se desinfló como si el sonido lo hubiese pinchado. Y brotaron lágrimas de dolor ahogado.

Tantas pérdidas, una vez más, una más.

Mi rostro humedeció libre.

Por fin estaba en el presente.

Muchas gracias por venir
por Eduardo Sosa

¿Me darán el trabajo esta vez? He perdido la cuenta de la cantidad de entrevistas que pasé en estos ocho meses como desempleado. Para esta cita, un miércoles cuyo calor derrite a la ciudad, me toca en una sala del piso once. El entrevistador me espera, saluda rutinariamente, sin mirarme, y solicita que tome asiento. Llene sus datos personales en esta hoja, me pide. Nombre, estado civil, hijos, dirección. Termino rápido, he respondido esas y otras preguntas varias veces, que hasta podría anticipar lo que sigue.

¿Ya finalizó? Bien, le haré unas preguntas, señor Lautaro Tafur, le digo al candidato al puesto de trabajo. ¿Dónde laboró la última vez?, ¿por qué dejó de hacerlo? Ahora cuénteme qué sabe de nuestra empresa... Por correo le escribí las funciones que hará el elegido, los horarios y el sueldo que ofrecemos, ¿está de acuerdo con esas condiciones? Me responde que sí, subiendo la cabeza, resignadamente, de arriba abajo. Ahora, en la parte posterior de esta hoja, escriba cuatro fortalezas suyas y cuatro defectos, le pido.

Mi entrevistador ya debe pensar, mientras escribo lo solicitado, que no soy la persona adecuada. He respondido con frases inconsistentes que no formulan una idea concreta, sudo

incansablemente, esquivo la mirada y prefiero concentrarme en las amplias ventanas de esta moderna prisión que cobija a miles de empleados durante los mejores años de sus vidas. ¡Pero me había preparado para este momento! Me pide que escriba mis fortalezas y torpezas. ¡Si ya las sabe!

Ahora, dibuje una torre en esta hoja, le solicito al postulante. Hágala como usted desee, señor Tafur... ¿Terminó? Entonces escriba, a un costado, las respuestas para estas preguntas, escuche con atención que no las repetiré: ¿de qué material es su torre?, ¿en qué lugar de la torre se colocaría usted?, ¿qué pasa con ella si sucede un terremoto?, ¿se cae?, ¿para qué sirve su torre?

Esto es una cojudez. ¿A quién le importa lo que piense sobre una torre?, ¿a ti? Quiero poner que desearía incendiar esa torre de mierda con todos adentro... pero necesito el trabajo. Solo atino a desajustarme mi corbata negra y tomar otra postura en la silla.

Seguidamente, en esta otra hoja, dibújese usted. Hágalo como desee. Luego escriba una historia de su dibujo, tiene cinco minutos exactos... Mientras miro cómo se dibuja, con trazos agresivos, analizo sus posibilidades. Es el décimo sexto candidato a este puesto. Posee una hoja de vida interesante, los conocimientos necesarios, pero ha tenido trabajos esporádicos y breves. ¿Ya terminó, señor Tafur? Ahora complete esta ficha, las instrucciones están en la parte de arriba.

A ver. Primero, escriba su nombre. ¿Otra vez? Segundo, su DNI. Tercero, su teléfono. Cuarto, párese del asiento. Quinto, dé un aplauso. ¿En serio tengo que hacerlo? Sexto, encierre en un círculo todos los números de la hoja. Ya. Séptimo, pregúntele la hora al entrevistador. Son las tres y veinte

minutos de la tarde, me dice. Octavo, indique cuántas personas hay en la sala. Solo somos dos, escribo. Noveno, no haga las instrucciones del número cuatro al octavo. Décimo, mire a las personas que hay en la sala.

Es una persona apática y desconcertante. ¿Estará convencido de entrar a esta empresa?... ¿Yo lo estuve?, ¿lo estoy ahora? ¿Dejaría esta farsa, ese escritorio maltrecho y esa computadora con más vida que la mía?... ¿Ya terminó? Sí, era una prueba con truco. Ahora llene esta hoja en la que tiene que completar las líneas con dibujos, según su parecer. En seguida, colóqueme títulos a sus dibujos. Tiene otros cinco minutos.

Si me califican, tendré que trabajar seis días a la semana y pasar cuatro horas diarias en un bus. Al finalizar el mes, cobraré el sueldo que ya tiene destino antes de que esté en mis manos: la pensión para mis hijos; los cigarrillos que me relajan y matan lentamente; la comida chatarra que me sostenga parado; los impuestos que gastarán autoridades incompetentes; el seguro social en el que me atenderán seis meses después; el amor interesado de algunas mujeres; la telefonía para comunicarme con los amigos que no veo; el cable para no aburrirme de la poca vida que me deja la rutina; los pasajes para el bus que me lleve a la prisión con computadoras; la ropa nueva para la correcta presentación como el asalariado orgulloso que debo ser.

Tampoco sonrío. Pero sonreír no está en el contrato. Aunque yo tengo que hacerlo gratis.

Necesito descargar el ambiente. Empecé mal, pero puedo dejar una última buena impresión. Debo ser más amable. Quizá decir algo brillante, efectivo e inteligente, en estos minutos finales. Pero nunca he tenido reflejos. Lo más probable

es que solo esté ahí, sentado, exhibiendo e incrementando con orgullo su barriga rebosante, para cumplir con el trámite. Ya debe tener una decisión. Al final, me agradecerá por venir. «Nosotros le avisamos si pasa a la siguiente ronda», me despedirá. ¿Se estará divirtiendo conmigo?, ¿sonreirá internamente al pensar que nunca le darían el empleo a un tipo como yo?

Ahora, antes de finalizar, tengo que hacerle una última pregunta: ¿Por qué cree que nuestra empresa debe contratarlo, Lautaro?

Musa
por Claudio Temoche

Sentía como si una multitud lo sujetase, pero logró levantarse. ¡Hoy es el día!, murmuró con furia.

Todavía se sentía débil. Diez meses habían pasado desde que salió del hospital. Casi dos años perdidos. A lo sumo recibía la visita de su madre, que le dejaba su comida diariamente, y de Lía, quien, aunque hace años dejó de ser su pareja, ni bien se enteró de su retorno, todos los viernes llegaba puntualmente para animarlo en su recuperación.

El pequeño departamento estaba bastante limpio. Incluso los caballetes, telas y frascos de pintura que antes se encontraban regados por todas partes, todo se hallaba cuidadosamente colocado en un rincón. Dos lienzos a medio hacer parecían reclamarle por mantenerlos inconclusos.

De los amigos o colegas poco se sabía. Salvo por Arturo, que se apareció una semana atrás con una noticia cargada de ironía: «Sabes que Guillermo presenta su muestra el próximo jueves en Fórum», le había dicho. Y agregó: «*Diosas* se llama y es una inteligente imitación de tu trabajo».

Al inicio no le pareció extraño. El debutante pintor había sido su alumno por varios meses en los talleres que dictaba y le había mostrado siempre mucha admiración. Se podría

decir que, a pesar de la diferencia de edad, habían desarrollado cierto grado de amistad. No obstante, cuando vio las fotos del artículo de un prestigioso diario local que el acuarelista le había dejado junto a una invitación, se pudo dar cuenta de que no solo era admiración lo que se plasmaba en su trabajo. El novel artista había sido muy inteligente para imitar unos bocetos que le había mostrado.

La rabia no solo le vino por la manera de actuar de Guillermo sino porque el crítico, encargado del generoso reportaje, destacaba los innovadores aportes a la pintura peruana que estaba realizando la novel figura. Al parecer, iba a ser el nuevo engréido de los que controlan el devenir artístico nacional.

El coraje se le fue diluyendo conforme iban avanzando los días. Los temores de que lo viesan en su estado actual contribuían a ello. Era una sombra del vigoroso hombre que había sido hasta dos años antes. Sabía que ya estaba curado y mucho mejor, pero su orgullo era más fuerte.

Los doctores le habían recomendado que regresara a hacer lo que más le gustaba: pintar. Sin embargo, sentía que había perdido la inspiración. Su madre, cada cierto tiempo, le traía materiales para ver si se animaba. Tampoco se animaba a retirar ese techo corredizo del patio que antes le permitía pintar con luz natural.

Era consciente de que todo lo sucedido había sido su culpa. Empezó a perder peso, se sentía fatigado, pero estaba empeinado en terminar los cuadros de su quinta muestra individual. Era una serie sobre cuerpos y sombras que buen tiempo le daban vueltas en la cabeza. Las dos últimas habían tenido gran éxito y la crítica vislumbraba que por la madurez mostrada ya era un artista consolidado. Todo quedó trunco

cuando empezó a botar sangre por la boca y su madre angustiada recibía la fría noticia del médico resumida en una palabra: tuberculosis.

—¡Hoy es el día! —repitió con más fuerza y de un solo golpe salió de la cama. Ya de pie hizo su rutina. Se lavó lo mejor que pudo, buscó ropa limpia que su madre siempre dejaba ordenada en el ropero. Escogió la que le quedaba menos suelta. Le agregó una pesada casaca, chalina y una gorra de lana.

Abrió la puerta que da al patio de la antigua quinta barranquina. Estaba por oscurecer y no había gente merodeando. Algunos departamentos estaban desocupados, creyó que eso mucho tenía que ver con su regreso. Volvió sobre la repisa de la sala donde Arturo le había dejado la invitación.

—Anda, tú más que nadie sabes que al artista se le perdona la facha —le había dicho.

Eso es casi cierto. Así que recordar esa frase le dio ánimo para salir a la ruidosa calle. Hacía frío. Llevaba dinero suficiente en el bolsillo, pero decidió caminar. Iba más lento que el resto de gente que fácilmente lo sobrepasaba. No obstante, su ánimo crecía. Contemplar la calle, la gente, los autos, la vida cotidiana ayudaba a ello. En más tiempo del previsto llegó a la bajada que separa Barranco de Miraflores. Luego de contemplar por buen rato el mar y al sol terminar de ocultarse desde lejos prosiguió por la avenida Armendáriz.

La invitación decía siete y treinta de la noche. Deliberadamente quería llegar tarde. No deseaba escuchar algún posible discurso del artista o del curador. Así que, cuando llegó a Larcomar, hizo algo más de tiempo. Volvió a mirar el mar en la oscuridad.

Al voltear hacia la avenida Larco, sintió que el fuerte viento lo hacía retroceder. Lo interpretó como un mensaje de que se regresara, pero decidió continuar. El viaje había demandado mucho esfuerzo, así que se sentó en una de las bancas de esa avenida y descansó hasta que recuperó la energía para terminar el último tramo.

Al llegar al local y bajar las escaleras que conducen a la galería, algo de la ira que creía superada comenzó a florecer. Por un momento pensó en arruinarle el evento a la estrella de la noche, pero pudo recomponerse. Fórum reventaba en gente e incluso había algunos medios cubriendo el evento. Al entrar, ya estaba tranquilo y se diluyó entre la multitud. Cogió un vaso con agua que le ofreció alguno de los mozos a pesar que abundaban los chilcanos y pisco *sours*. Llevando el vaso de manera elegante, comenzó, con mucho esfuerzo por el tumulto, a recorrer la exposición. Según una ligera apreciación, era una muestra lograda, pero con altibajos. Muchos de los cuadros tenían clara influencia suya. Ya estaba por terminar el recorrido, cuando una pintura lo paralizó. Era la más grande, se llamaba «Diosas». Los colores eran distintos aunque la propuesta era casi igual al cuadro que él tenía en casa de su madre y que Guillermo había visto un par de veces cuando lo invitaba a almorzar luego de las clases del taller.

La indignación lo hizo toser. Intentó salir para evitar la vergüenza, pero en ese sector había demasiada gente. Pudo calmarse y volvió a voltear para apreciar con más detenimiento el cuadro. Estuvo así algunos minutos, observándolo, escudriñándolo, intentando encontrar el aporte creativo del artista. No halló lo que buscaba.

—Es hermoso —una voz lo sacó de su abstracción. Era una muy joven y bellísima mujer.

—Sí —atinó a decir, se había quedado paralizado.

—La muestra está interesante, aunque no pareja. Juega con el cuerpo y los contrastes —agregó la dama.

—Para ser tan joven sabes mucho de arte.

—Tengo veintidós años, pero casi todos los he pasado en galerías. Mi madre es escultora y siempre me ha traído. No me gusta venir mucho a las inauguraciones, prefiero los otros días donde prácticamente tienes la muestra para ti solo. Pero hoy sentí que tenía que venir.

—Yo sentí lo mismo —dijo mirándola con intensidad.

La joven sonrió. Cristóbal, que acababa de cumplir cuarenta años, creía una locura que con su actual aspecto y vestimenta una mujer como ella se dignara a hablarle.

—¿Eres pintor?

La pregunta lo sacó de sus razonamientos.

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Por la forma en que analizas los cuadros. Este especialmente tiene una energía distinta al resto. Como que las mujeres transmiten un dolor que va más allá de lo físico. Un dolor sobre algo irremediable, definitivo.

El pintor estaba anonadado, también había interpretado lo mismo en su cuadro original que estaba en la casa de Jesús María.

—Serás una excelente crítica de arte.

La bella muchacha sonrió con una coquetería que le atravesó el corazón al escuálido artista.

—Puede ser que me dedique a eso en un futuro. Pero este año por lo menos tengo que terminar la carrera de arquitectura. Sabes, este cuadro es muy bueno, pero siento que tiene el estilo de un pintor que a mi mamá le gustaba mucho. Incluso en casa tiene tres pinturas que compró en sus últimas muestras.

—¿Sí? ¿Cómo se llama?

—Cristóbal Carlessi. Ella lo consideraba el mejor de su generación y con proyección internacional. Parece que desapareció del circuito.

—Creo que estuvo en un largo viaje para recargar energía. Al parecer pronto volverá a circulación.

Cristóbal sentía que fluía la energía de sus mejores tiempos. Estaba tan motivado que creía que era capaz de conquistar a la joven.

—A propósito. ¿En qué cuadro estás retratada?

—¿Yo? En ninguno —respondió nerviosa la joven.

—Pues deberías posar. Estoy seguro de que saldría un lienzo hermoso —replicó con astucia el pintor.

La futura arquitecta se sonrojó con la mirada y el tono de sus palabras. Cristóbal estaba a punto de dar la estocada final de su improvisado plan de conquista, cuando la joven es rodeada por un fornido brazo que la hace girar, se aturde cuando la jalan, pero le sonrío al hombre que la atrae hacia él y que cree estar solo entre la multitud. La besa en los labios y la integra a su grupo de recién llegados. Al desencajado pintor ni lo miró. Eso le dolió demasiado a Cristóbal. Ni se molestó en preguntarle a la ahora alejada dama sobre el hombre con que la había visto conversando. Definitivamente no lo consideraba su rival. Le molestaba además que la muchacha fuera sujeta como si se tratase de su propiedad.

Ya el público había disminuido y el pintor algo fastidiado por su frustrada batalla empezó a recitar un verso de Rimbaud que de la nada se le vino a la mente: «Una tarde, senté a la belleza en mis rodillas. Y la encontré amarga y la injurié».

Lo que lo salvó del fracaso total fue la torpe ligereza del novio que le permitió conocer el nombre de la mujer a quien

ahora sentía que amaba. Con la autosuficiencia de los hombres que se creen dueños del mundo, dijo en voz alta: «Aquí pues en otra de las aburridas exhibiciones a las que me obliga a venir Constanza».

Cuando minutos después la pareja se retiraba, fue tras ellos y se quedó en la puerta esperando una milagrosa señal. Al llegar a la parte alta de la escalera, la muchacha giró y le regaló brevemente una hermosa y esperanzadora sonrisa.

El pintor sintió de repente una energía inusual, algo que hace tiempo no sentía. Se disponía a partir también, pero una voz lo retuvo.

—Cristóbal.

Giró. Era Guillermo Olazabal, el protagonista de la velada.

—Qué gusto que hayas venido —dijo con fingida sonrisa.

—No podía faltar —replicó amablemente.

—¿Qué te parece la muestra? —requirió con algo de ansiedad Guillermo.

Cristóbal notó que ya no lo llamaba maestro y encima lo tuteaba.

—Buena. Pero ya habrá ocasión de hablar con más profundidad —sabía que era mentira—. Tengo que irme. Hay algo importante que me espera.

Dejó a su antiguo pupilo con la palabra en la boca. Salió rápidamente de la galería. Hacía más frío por lo que se cerró la casaca. Un fuerte impulso lo abrumaba. Larco estaba más transitada. Se sentía alegre.

Tomó el primer taxi que se detuvo y sin preguntar el precio dijo: «A la cinco de la avenida Grau en Barranco. Lo más rápido que pueda».

Una maravillosa pintura nacía esa noche.

Emoción y técnicas para crear cuentos.
Muestra de relatos del taller de narrativa
dictado por el escritor Cronwell Jara
se terminó de editar en mayo de 2019
por encargo de la Subgerencia de Comunicaciones
de Petróleos del Perú-Petroperú SA

Esta selección de relatos —que agrupa los textos «Hugo Chávez» de Félix Castillo, «Cuestionamientos desde la sala blanca» de Bruno Cueva, «¿Y cómo estaba vestido?» de Nora Curonisy, «Cloe» de Marco Felix, «Transmutación» de Melina Durand, «Zaq, el mudo» de Fran Gutiérrez, «La vaca empachada» de Carlos Michuy Peña, «El hombre tuerto» de Elizabeth Monopoli, «Un Año Nuevo en el manicomio» de Juan Mujica, «El hombre que no creía» de Jaime La Torre, «Malabarismos» de Eugenio Oliveira, «El incendio» de Rodolfo Sachun, «Punto» de Nancy Sánchez, «¡Doddy, espera!» de Yessica Salazar, «Muchas gracias por venir» de Eduardo Sosa y «Musa» de Claudio Temoche— es solo una muestra del entusiasmo creativo de un taller que consiguió convocar a una gran cantidad de personas interesadas en el arte de narrar.